

1.50/
P. LANGLE.

LA LÍRICA MODERNA
EN ESPAÑA.

NUÑEZ DE ARCE. CAMPOAMOR. BECQUER.

ALMERÍA.

IMP. DE JAIME CASASAYAS.

1883.

JG - 7122

P. LANGLE

LA LIRICA MODERNA
EN ESPAÑA

IMPRESOR DE ARCE CAMPAÑÓN Y BÉCQUER

ALMERIA

IMP. DE JAIMÉ CASAS

1887

0,40

LA LÍRICA MODERNA
EN ESPAÑA.



P. LANGLE.

LA LÍRICA MODERNA

EN ESPAÑA.

ALMERÍA.

IMP. DE JAIME CASASAYAS.

1883.

ES PROPIEDAD.

RG 8.666

Á LOS EXCMOS. SRES.

D. Gaspar Nuñez de Arce y D. Ramon de Campoamor,

Y Á LA MEMORIA DEL MALGRADO

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

INTRODUCCION.

ERROR crasísimo sin duda el de los que creen impropias de nuestra época las soberanas manifestaciones de la fantasía: en vano alegarán para demostrarlo el indudable predominio que hoy ejerce, sobre todas las facultades, la razón; en vano sostendrán que la poesía ha caído en desuso, debiendo considerarse sólo como un elemento accidental y sin importancia. La verdad de los hechos es más elocuente que todas las teorías, y no es posible desconocer que si con las ciencias se consigue el progreso material, la literatura contribuye poderosamente al progreso moral; que si las ciencias perfeccionan el mundo físico, las letras ejercen su bienhechor influjo en el del espíritu, siendo la poesía el producto del amor nunca satisfecho del hombre á la belleza: unidas las dos en perfecto consorcio, complétanse mutuamente, y juntas constituyen el armónico cuadro de la vida.

Además, pocos siglos ofrecerán caracteres tan poéticos como el presente, y condiciones tan adecuadas para el vuelo de la imaginación; cierto es que las creencias de la edad antigua y

las costumbres de los tiempos médios, con sus fantásticas quimeras y delirios, prestábanse admirablemente para dar á los cantos del vate un tinte de melancólico misterio y un aparato sobrenatural que ahora no alcanzan; pero es verdad tambien que las pasmosas maravillas de este siglo inmenso, la crisis profunda que se atraviesa actualmente en todas las esferas sociales, la gigantesca elaboracion de ideas que hoy agita al mundo, abren ancho campo al artista para dar rienda suelta á su mente y crear, en gallardos arranques geniales, obras asombrosas y concepciones brillantísimas.

Y hé aquí precisamente por qué entre todos los géneros que solicitan la atencion del poeta, ninguno es tan apropiado como el lírico para nuestra época; y por qué entre los diversos en que este á su vez se subdivide, merece, á no dudarlo, la preferencia, y satisface mejor que los demás las exigencias del presente periodo histórico, aquel que tiende á servir sus ideales más altos y refleja, con amplitud y elevación, sus miras más grandiosas.

El mismo desenvolvimiento sucesivo de la poesía, así lo revela. Invade primero el campo mitológico, toma la épica carta de naturaleza, y la epopeya de Homero compendia y resume todos los adelantos de su época. Retratada en los cantos del poeta griego la infancia de la humanidad, con sus rudimentarias investigaciones en el mundo de las ciencias, con su embrionario y confuso conocimiento de los fenómenos que nos rodean, viene despues la edad média, la edad del sentimiento, y los rendidos trovadores cantan apasionados versos bajo los muros que guardan á la hechicera dama de sus purísimas ilusiones, ansiando encontrar en ella el lenitivo de sus penas y el consuelo de sus infortunios; pero la humanidad, como el individuo, vá desarrollándose, y si era propio de aquellos tiempos escuchar de los labios del caballero la relacion de sus hazañas, expuestas en sentidos romances, avanzan los años y se trasforma con ellos el general espíritu y las aspiraciones de los hombres, dando lugar este cambio á una nueva evolucion de la poesía, que imposibilitada de

girar siempre dentro de la misma órbita, tiene que reflejar las tendencias de la sociedad en que vivimos. ¡Pues qué! ¿había de seguir expresando continuamente el suave murmurio de los arroyos y el lánguido gemido de las brisas? Bajo ningún concepto: en el poeta van unidas en constante lucha las diversas corrientes del siglo, la razón, la duda, el arte y el sentimiento, y no ha de limitarse á ser como el armonioso ruiseñor, que en la enramada del bosque entona sus endechas.

Mas en este punto riñen encarnizada batalla escuelas contrapuestas, y afirmase por alguna de ellas que la poesía está fuera de su centro siempre que se emancipa de su legítimo dominio para ponerse al servicio de cualquier idea, añadiendo que, como el arte no es docente, el poeta no debe ni puede proponerse enseñar. Nosotros opinamos en esto como un reputado publicista, que cree fácil conciliar ámbos extremos, pues «si al primor de la imagen y del metro, dice, se une la verdad y alteza de la idea, la poesía que junte las dos excelencias superará á la que sólo posea la primera; y si prescindimos de lo que dice, para fijarnos sólo en cómo lo dice, la poesía perderá su valor social y el poeta dejará de ser *vate* para convertirse en *músico*.»

Los que reniegan de nuestros tiempos y suspiran por la vuelta del pasado, tributarán alabanzas y aplausos á quienes sigan aún imitando á Virgilio, Anacreonte y otros génius de la antigüedad; pero cuantos sientan palpitar en su mente ideas más levantadas y generosas, otorgarán siempre su aprobacion entusiasta á los que se identifiquen con las aspiraciones de nuestra época, cantando á la naturaleza, la patria, la libertad, el progreso, la virtud, el amor, la familia, la humanidad en suma, é inspirándose en el espíritu de las actuales sociedades, en sus descubrimientos, en sus invenciones y en sus controversias, auxiliados del arte, de la historia y de la filosofía. No quiere decir esto, sin embargo, que deban excluirse los géneros que representan otras tendencias; tesoros guardan de verdadera belleza, y sería injusta tan absoluta proscripción; todos ellos son

legítimos y dignos de encomio; ninguno deja de contribuir á representar la diversidad de pasiones y sentimientos que nos conmueven, ántes bien son necesarios para retratarlos en toda su múltiple variedad; pero sin disputa alguna, ocupa por derecho propio el primer puesto en esta escala, la poesía que, sin ceñirse á pequeños y reducidos pensamientos, abarca mayores espacios y se extiende por esferas más amplias.

Ahora bien, de todo lo expuesto se deduce la afirmación, anteriormente hecha, de que el género lírico se adapta más que otro alguno á las exigencias de nuestro siglo, y puede cumplir mejor que los restantes con lo que éste reclama. Todos convienen en que si otras épocas históricas se prestaron al desenvolvimiento de la epopeya, por la posibilidad de encerrar en un sólo poema la vida uniforme de las generaciones que las compusieron, es hoy ésta demasiado complicada para que sea hacedero tal propósito, y asaz inmenso el movimiento de esta edad para abarcarlo en una síntesis. La dramática se aviene mejor á las condiciones actuales, porque tienen cabida en sus cuadros muchas fases diversas de la sociedad; pero es también insuficiente, dados los límites á que tiene que reducirse y las trabas escénicas que se oponen al vasto desarrollo de una acción grandiosa. Únicamente, pues, reúne la lírica aptitudes más favorables á tal objeto; sólo ella permite al poeta recorrer todos los lugares en alas de su génio y le ofrece ancho campo donde vuela holgadamente su inspiración; es, además, la poesía de la libertad en todos los órdenes, por lo mismo que tiene un sello de individualidad marcado, y esto la hace más apropiada que la otra para nuestros tiempos, tan henchidos de ese universal espíritu.

Demostrada ya nuestra tesis, convirtamos la atención al estado actual de esta rama poética en España, y veamos la manera de hacer las clasificaciones indispensables para orientar al lector entre el confuso dédalo de doctrinas que se sustentan.

Profusa abundancia de direcciones se nota en nuestra poesía lírica contemporánea, á poco que se la estudie; pero entre el

conjunto abigarrado que á la consideracion del observador presenta, claramente se distinguen tres escuelas preponderantes y vigorosas. No lograron formarlas algunos ingenios lozanos, que no ejercieron más influjo en nuestras letras que el de su propia personalidad, ciertamente importante, mas no revistiendo nunca la alta categoría de un sistema formado y completo. Entre los representantes más ilustres del florecimiento romántico, quedanos todavía, por ejemplo, el incomparable y armoniosísimo Zorrilla, cuyos populares versos serán siempre uno de los timbres más gloriosos del habla castellana; pero pasó ya la época fecunda del apogeo de sus ideales, no responden sus cantos y leyendas á las aspiraciones y exigencias novísimas, por otros atendidas, y de consiguiente los elementos poéticos que á la patria literatura aportára, han quedado sólo como pruebas inmortales de su génio, léjos de iniciar el camino que á nuestra jóven generacion señalan sus creencias. Necesario es, pues, prescindir de ellos en esta ocasion, é indispensable que nos fijemos en los que cifran esté superior movimiento.

Nuñez de Arce, Campoamor y Becquer: hé aquí los jefes, por decirlo así, de nuestra renovacion literaria. Recorre el primero con su maravillosa inspiracion los árduos problemas que á la sociedad contemporánea se presentan, y es para nosotros el modelo de la poesía más propia de nuestros agitados tiempos. El segundo, con su mezcla felicísima de humorismo y energía, analiza, desentraña y ofrece en admirables cuadros poéticos los mas íntimos sentimientos del alma humana, y nos encanta y arroba con los toques maestros de su privilegiado ingénio, que muestra cómo en los detalles al parecer más insignificantes y pequeños, sabe hallar el artista inagotables tesoros de belleza para sus creaciones. El último, en fin, expone con originalidad singularísima los afectos del corazon, los desengaños que le atormentan, las pasiones que le agitan, y dá origen á una nueva faz de nuestra poesía erótica, caida antes de su aparicion en el amaneramiento y la rutina.

Por consecuencia, el que desee informarse del estado actual de la lírica en España, á estas fuentes ha de acudir; quien aspire á conocer qué direcciones sigue y á qué fines obedece, en estos modelos ha de buscarlo: examíneseles con detencion, invéstiguense sus propósitos, y se tendrá hecho ese estudio y se habrá comprendido ese movimiento.

Tal es el origen del presente trabajo, y los móviles que á darlo á la estampa nos han impulsado. Teniendo trazadas, de diferentes épocas, algunas consideraciones generales sobre los tres poetas citados, hemos creído que, reuniéndolas y coleccionándolas, acaso pudieran constituir, dado el enlace que entre ellas existe, un cuadro, siquiera sea sucinto, de nuestra actual poesía lírica; y aunque con el temor de que quizás se advierta en su conjunto cierta incongruencia á esa causa debida, que no hemos intentado evitar para que quede intacto y sin correcciones que lo desvirtúen el primitivo sentido de las mismas, nos decidimos á ofrecerlas al público, como un mero y humildísimo ensayo. Acójalo él con indulgencia, y muéstrese benévolo al recibirlo; que sólo con esta esperanza se lo presentamos nosotros, y no tenemos la vana pretension de haber hecho una obra acabada y perfecta.

NUÑEZ DE ARCE.

I.

Pelletan lo ha dicho: el mundo marcha. Todo cambia, todo se transforma: derrúmbanse instituciones seculares que parecían santificadas por la sanción del tiempo y unguidas con el óleo de la inmortalidad; caén, flagelados por el látigo implacable de la libre crítica, los vanos ídolos que antes recibieran la ciega adoración de una supersticiosa muchedumbre; nuevos y más puros ideales sustituyen á las creencias gastadas y á los antiguos usos de un estado social ménos perfecto; rómpense los estrechos moldes en que gemía opreso el humano espíritu, y la luz de la razón disipa al cabo las sombras oscuras que robaban al pensamiento su brillo y á la mente del hombre su esplendorosa magestad.

No se logra, empero, sino á costa de esfuerzos dolorosos, mayor suma de bienes y un grado más alto de progreso: la senda, árida y fatigosa, por que la humanidad camina, está regada con

la sangre de los mártires, de los génius: admíranse doquiera las manifestaciones vivas de las mejoras realizadas y del adelantamiento conseguido en las esferas todas de la actividad humana; mas también aquellas ventajas y estas excelencias, han sido alcanzadas después de amargos sinsabores y tras de no pocos cruentos sacrificios.

Cuantos contribuyan, pues, al triunfo de causa tan justa y pongan á su servicio el concurso poderoso de su entendimiento y los dones privilegiados de su inteligencia, merecerán sin duda el loor preciado de la alabanza pública y el aplauso ferviente del entusiasmo popular.

¿Y cómo, entonces, no prodigar nuestros ardientes plácemes, y cómo no ceñir con laurel inmarcesible las luminosas sienas del poeta que se remonta de un vuelo á las alturas sublimes donde solo moran los titanes del talento y desde allí nos muestra, en deslumbradores arranques, el ideal eterno de la vida, que abarcan en síntesis maravillosas sus concepciones gigantescas?

No merecen tan solo fama y renombre los austeros trabajos de los grandes pensadores, que aumentan con sus invenciones admirables el ya largo catálogo de los pasmosos descubrimientos científicos ó penetran con el fino escalpelo de su análisis los misterios más recónditos del alma: también son dignos de eterna gloria los artistas divinos que legan á las generaciones asombradas monumentos impercederos de belleza y revelaciones inmortales de suprema inspiración; los poetas colosos que en sus creaciones soberanas se hacen eco de las aspiraciones de su siglo, y señalan al hombre, en cánticos grandiosos, el rumbo de sus futuros destinos.

A este grupo excelso, á la raza insigne de los grandes génius de la poesía, pertenece D. Gaspar Nuñez de Arce, cuyas obras nos proponemos examinar en el presente trabajo.

II.

Siempre sentimos profunda admiración hácia el gran poeta: partidarios entusiastas de la poesía moderna; seducidos por los encantos que la realzan y los méritos que la avaloran, y convencidos de que para adquirir la importancia y ocupar el puesto que le corresponde en justicia, ha de hallarse en armonía con el espíritu de la época é interpretar fielmente los sentimientos que nos embargan y las ideas que nos agitan, veíamos en Nuñez de Arce el fiel modelo que imaginamos en nuestra especial manera de concebir lo que debe ser la poesía en nuestros tiempos.

Distínguese Nuñez de Arce por la forma acabada y la belleza severa de su estilo, tan léjos de la ampulosidad fría y el rodar artificioso y rebuscado de la frase que caracterizan á la poesía académica, como del torbellino orgiástico y el desenfreno lírico de la musa romántica: sonetos y décimas verdaderamente esculturales; tercetos llenos de valentía; enérgicas estrofas; descripciones sóbrias y brillantes: hé aquí lo que encontramos en los versos de Nuñez de Arce.

Uno de sus biógrafos ha dicho de él, que sólo acierta á pulsar la cuerda de bronce de la lira poética, y que si canta el amor, nunca logra ser tierno, por más que sepa ser delicado, pues su amor es de ese que cuando besa, muerde; opinion que consideramos injusta, y que, como tendremos ocasion de probar en el curso de este trabajo, ha sido refutada victoriosamente por nuestro poeta con algunas de sus últimas composiciones. Es cierto que, por regla general, atento tan sólo á retratar en sus versos las más vivas impresiones de su espíritu, conturbado por el espectáculo de nuestros dolores y nuestras luchas, cuidase poco de cantarnos en melodiosos tonos las emociones dulces

de su alma; pero es verdad también, que cuando, á intervalos, abandona el viril acento de su robusta musa, nos arrebatada y transporta con toques suaves y pensamientos melancólicos.

Núñez de Arce hace gala en su lenguaje de una concisión no reñida con la belleza, antes bien hermana inseparable suya, y de una exquisita precisión que le limpia de feos lunares: nada sobra en sus versos; las ideas no están sujetas á las palabras, sino estas, por el contrario, al servicio de aquellas; y todo muestra en las magníficas producciones del preclaro vate, la indudable superioridad de que goza sobre la antigua la moderna poesía, elevada á un grado altísimo por los progresos incesantes de la métrica; no tan sólo por los hechizos que necesariamente ha de tener, más que la otra, para estas generaciones nuestras, cuyas ideas compendia, más que refleja, el ilustre poeta español, y cuyos sentimientos, más que pinta, esculpe.

III.

Véamos ahora la doctrina literaria de Núñez de Arce, expresada en el notable prefacio de sus *Gritos del Combate*:

«La poesía, dice, para ser grande y apreciada, debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive; no cantar como el pájaro en la selva, extraño á cuanto le rodea, y siempre lo mismo. Es preciso que remueva los afectos más íntimos del alma humana, como el arado remueve la tierra: abriendo surcos. Y cuanto más ahonde; cuanto más penetre y encarne en las entrañas de un pueblo y de una época, tanto más estimada será, más sentida y ménos disputada su influencia. Dante se apodera del alma de su siglo, de sus rencores teológicos, de sus venganzas y amores políticos, y por espacio de más de cien años hace á todas las artes tributarias de su genio. La arquitectura, la pintura y hasta la música misma buscan en él sus inspiraciones, y en los albores del Renacimiento, á pesar de la corriente irresistible de la anti-

güedad pagana, que entonces lo arroya todo, las gigantescas obras de Miguel Angel parecen animadas todavía por el espíritu del gran poeta.

«Ahora bien: ¿es posible que una nación tan profundamente trabajada como la nuestra, donde todo está en tela de juicio; herida, desangrada, calenturienta, y, ¿porqué no decirlo? estragada y corrompida, se satisfaga y entretenga con la oda ampulosa, sin sentido ni objeto, puramente imaginativa, artificial, rumorosa como la onda y el aire? Los hechos parecen demostrar lo contrario. No creo tampoco que distraigan sus penas ni exciten su curiosidad dormida, esas arcáicas reproducciones, frías como el retrato de un muerto, de nuestros tiempos gloriosos y caballerescos, con sus galanes pendencieros, sus damas devotas y libidinosas y su ferviente misticismo entreverado de citas y cuchilladas. Y pienso que todavía han de conmoverle ménos esos suspirillos líricos de corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados, con los cuales expresa nuestra adolescencia poética sus desengaños amorosos, sus ternuras malogradas y su prematuro hastío de la vida. Mayores estímulos necesita nuestra sociedad para volver los ojos á la abandonada y solitaria musa lírica, más vigorosos sacudimientos para despertar sus dormidas emociones; que cuando, como los viejos gastados y viciosos, busca en los espectáculos públicos sólo el halago de los sentidos ó los acicates de la concupiscencia, el baile desordenado de las bacantes, la bufonada irrespetuosa de los incrédulos y la exposicion de mujeres más ó ménos desnudas, pero siempre poco vestidas; no ha de satisfacerse con esos cánticos de la poesía vagos, arqueológicos ó infantiles. Y aunque se satisficiera, ¿debe ser ésta la mision del arte en los tiempos de lucha incesante que alcanzamos, cuando todo oscila, cae ó se trasfigura bajo el ariete de nuevas ideas, cuando no le es permitido á ninguna manifestacion del entendimiento humano permanecer impassible y neutral ante las graves y trascendentales cuestiones que se ventilan en el seno de las sociedades modernas? La glacial indiferencia del público responde á mi pregunta y resuelve de plano el problema. No es menester decir más.

«Y cuenta que no es esto condenar en absoluto esos géneros líricos que tienen incontestables bellezas, y en los cuales tanto se han distinguido y se distinguen todavía inteligencias peregrinas, gloria y ornamento de las letras pátrias. Lo que censura es el carácter general de nuestra poesía, ó mejor dicho, el

predominio que ejercen en ella, por la fuerza de la rutina ó porque es más fácil dilatar el vuelo por los mundos brillantes de la imaginacion, que descender á los oscuros y muchas veces dolorosos abismos de la reflexion, esas inspiraciones indeterminadas, sin pensamiento ni alcance, que nada dicen y á ninguna parte van, llenas de galas y adornos, como esas pobres doncellas muertas á quienes se atavía y corona de flores para conducir las al campo santo.

«Bien sé que no todos los poetas siguen el camino trillado, y algunos hay á quienes sinceramente admiro, que han roto el molde antiguo, y arrancado de su lira sonos penetrantes, notas vigorosas y acentos llenos de la pasion que conmueve á nuestro siglo. Son los menos; pero la acogida benévola y afectuosa que el público les dispensa, agotando en poco tiempo las ediciones de sus obras, mientras deja dormir en polvoriento olvido las de aquellos que no responden á las exigencias de nuestro estado social, político y religioso, parece revelar elocuentemente que no voy extraviado en mi juicio, y que la época presente reclama de sus poetas algo más que versos sonoros, imágenes deslumbradoras y sentimientos de pura convencion.»

IV.

Atento siempre, pues, Nuñez de Arce á la observancia estricta de esta doctrina propia, inspírase para los temas de sus versos en las pasiones que nos exaltan y en los espectáculos sociales que al presente se desarrollan. Buena prueba son de ello la mayoría de las composiciones que figuran en el tomo á que los párrafos anteriormente trascritos pertenecen. Ellas muestran las dudas amargas que invaden la mente del poeta; sus tristes vacilaciones ante el cuadro de nuestros infortunios y miserias; los desengaños que atormentan su alma; los temores que el oscuro porvenir le infunde.

Así exclama con dolorida queja:

«Cuando pienso en lo que fui
hondas heridas renuevo,

y me parece que llevo
la muerte dentro de mí.
No veo lo que antes ví,
no siento lo que he sentido,
no responde ni un latido
del corazón, si á él acudo,
llamo al cielo y está mudo,
busco mi fé y la he perdido.»

Consecuente con su sistema, y pensando, según sus mismas palabras, que á las naciones entumecidas «hay que hablarlas el lenguaje de la verdad, áspero y desabrido, apelar á su instinto de conservación, y, para sacarlas de su atonía, penetrar, haciéndolas sangre, hasta los más ocultos repliegues de su incredulidad y su egoísmo,» dirígese *Á España* en un valiente soneto, y dice:

«No esperes en revuelta sacudida
alcanzar el remedio por tu mano,
¡oh sociedad rebelde y corrompida!
Perseguirás la libertad en vano,
que cuando un pueblo la virtud olvida,
lleva en sus propios vicios su tirano.»

Oigámosle referir en *La Duda* los acerbos dolores que han acongojado muchas veces su espíritu:

«¡Cuántas noches de horror, conmigo á solas,
ha sacudido con su soplo ardiente
los tristes pensamientos de mi mente,
como sacude el huracán las olas!
¡Cuántas, ay, revolcándome en el lecho,
he golpeado con furor mi frente,
he desgarrado sin piedad mi pecho,
y entre visiones lúgubres y extrañas,
su diente de reptil, áspero y frío,
he sentido clavarse en mis entrañas!
¡Noches de soledad, noches de hastío
en que, lleno de angustia y sobresalto,
se agitaba mi sér en el vacío
de fé, de luz, y de esperanza falto!»

Llega un periodo en que las pasiones populares se desatan: en que la patria sucumbe; en que somos víctimas de los sacudi-

mientos de la fiebre y del desbordamiento de ciegos apetitos, y entonces el poeta se expresa en estos términos:

«¡Libertad, libertad! No eres aquella
vírgen, de blanca túnica ceñida,
que ví en mis sueños pudibunda y bella.
No eres, no, la deidad esclarecida
que alumbrá con su luz, como una estrella,
los oscuros abismos de la vida.

No eres la fuente de perenne gloria
que dignifica el corazón humano
y engrandece esta vida transitoria.
No el ángel vengador, que con su mano
imprime en las espaldas del tirano
el hierro enrojecido de la historia.

No eres la vaga aparición que sigo
con hondo afán desde mi edad primera,
sin alcanzarla nunca... Mas ¿qué digo?
No eres la libertad, disfraces fuera;
¡licencia desgredada, vil ramera
del motin, te conozco y te maldigo!»

En cuanto al valor literario de todas las poesías que constituyen los *Gritos del Combate*, nada podemos decir que no esté en la conciencia del público: inspiradas, brillantes, magníficas son un verdadero florón de la corona de gloria que circunda la frente del poeta, y aunque méritos superiores, contraidos con posterioridad, como después indicaremos, no le elevarán á las alturas del génio, ellas sólo bastarian para asegurarle el láuro de la inmortalidad.

Como todas son notabilísimas, hallámonos en grave apuro al pretender citar algunas que sobre las demás descuellan; pero en la absoluta precisión de hacerlo, llamaremos la atención del lector hácia las acabadas décimas del *Miserere* y el bellísimo poema *Raimundo Lulio*.

Hemos intentado trasladar algunos trozos del primero; mas al fin desistimos de nuestro propósito, porque todo es inmejorable y no procederíamos con justicia si diéramos la preferencia á unos sobre otros: es necesario leer íntegros los rasgos que lo abrillantan, para hacerse cargo de aquellas gradaciones magis-

trales, de aquel desarrollo primoroso, de aquel conjunto perfecto.

Lo mismo decimos del poema *Raimundo Lulio*, una de las composiciones de Nuñez de Arce que más nos han encantado siempre; no obstante, ofreceremos como muestra vários fragmentos. Véan, pues, nuestros lectores estos tercetos que encontramos al principio del canto primero, y fíjense en la delicadeza del pensamiento que encierran las palabras de los dos últimos versos, que subrayamos:

¡Oh Blanca mia! ¡oh Blanca de Castelo,
á mis ojos tan casta y luminosa
como las mismas vírgenes del cielo!

Resplandecian en tu faz hermosa
el ampo de la nieve immaculada
y el matiz perfumado de la rosa.

Y era tanto el poder de tu mirada,
tan intensa su luz, que sus destellos
penetraron en mí como una espada.

Coronaban tu frente los cabellos
como rayos de sol entretejidos,
para que el alma se prendiera en ellos.

Y estaban mis potencias y sentidos
suspensos del aliento de *tu boca*,
tierno regazo de ósculos dormidos.»

Tambien merecen mencion especialísima la gallarda descripción contenida en dicho primer canto, refiriendo la arrogante entrada de Raimundo á caballo, en el templo donde se refugia la perseguida Blanca; el relato felicísimo de un sueño, en el canto segundo; y las estrofas del tercero en que dice que su amor estalló

«con esa breve frase entrecortada
que al morir en los lábios, adivina
el corazón de la mujer amada;
música de las almas, peregrina,
que con suspiros trémulos empieza
y con vibrantes ósculos termina.»

No resistimos tampoco al deseo de copiar algunas de las páginas finales del poema, verdaderos diamantes de tan rica joya literaria:

«Dentro de mí se engrandeció la vida,
y ante mis ojos fulguró cercana
la dicha ansiada y nunca conseguida.

Y te abracé con fuerza sobrehumana,
y mis lábios ardientes dejé impresos
¡ay! en los uyyos de encendida grana.

Y sentí penetrar aquellos besos
que arrebatava á tu inocencia esquiva,
cual plomo derretido hasta mis huesos.

Ya, redoblando mis esfuerzos, iba
á vencer tu virtud lánguida y yerta,
cuando de pronto, sacudiendo altiva
la noble frente, de rubor cubierta,
me rechazaste pálida y convulsa
exclamando:—¡Jamás! ¡Primero muerta!

Como es ciego el amor que nos impulsa,
tomé por la postrera llamarada
del pudor vacilante tu repulsa.

Y te busqué otra vez, y acongojada
reprimiste otra vez mi atrevimiento,
diciéndome con voz ronca y ahogada:

—¡Soy débil, perdonadme! En vano intento
sofocar mi pasión, que yo no puede
permanecer oculta. ¡Harto lo siento!

Dios no permite que en la sombra quede
comprimido este afán que me consume:
el alma mia á sus impulsos cede.

Y cual la violeta que presume
de modesta y humilde, aunque se esconda
revela dónde está con su perfume,

es inútil querer que no responda
al fuego inextinguible en que me abraso,
mi agitación desordenada y honda.

Sabedlo, pues; pero olvidadme! ¿Acaso
debo pensar en el amor terreno,
yo, moribunda y triste ave de paso?

Esto soy, esto ansiais, este es el seno
donde la muerte os pareciera hermosa.
Ved lo que guarda. ¡Podredumbre y cieno!—

Y con mano alterada y temblorosa
descubriste tu pecho, carcomido
por repugnante llaga cancerosa.

—¡Ay! dijiste cayendo sin sentido
al contemplar mi horror:—¿Me amábais tanto
que á robarme la vida habeis venido?—

Yo, mudo de estupor, con el espanto

pintándose en mi fáz desencajada,
 pudiendo apenas reprimir el llanto,
 ví deshacerse en polvo, en humo, en nada,
 mis ensueños, mi gloria, mi alegría,
 el encanto del alma enamorada.

Y sentí, bajo el golpe que me hería
 vacío el corazón, vacío el mundo,
 hasta la misma inmensidad vacía.

Trastornóse mi vida en un segundo,
 y como aquel á quien del sueño arranca
 dolor extraño, insólito, profundo,

dando á mi exaltacion salida franca,
 ¡Blanca!—gemí desesperado, al verte
 caer cual ave herida:—¡Blanca, Blanca!

¡Oye mi ruego! ¡Unamos nuestra suerte!—

Mas ¡ay! que sólo al llamamiento mio
 contestaba el silencio de la muerte.

En mi airado y frenético extravío,
 de Dios y de los hombres olvidado,
 cogí en mis brazos tu cadáver frío,

le estreché con furor, y arrebatado
 besé tu boca lívida, aún caliente,
 como nido recién abandonado.»

Nos tomamos también, como ántes, la libertad de subrayar las últimas palabras, para hacer notar vivamente al lector estos bellos detalles, que, por otra parte, se encuentran á manos llenas en las obras de Nuñez de Arce.

El autor de los *Gritos del Combate* ha incluido también en el tomo de sus versos, «para darle variedad y huir de la monotonía,» algunas composiciones festivas escritas durante su juventud, composiciones que demuestran «de qué modo se modifican, alteran y trasforman radicalmente los gustos, el estilo y hasta los sentimientos de un autor, con el trascurso de los tiempos y las enseñanzas de la vida. «Tales son, por ejemplo, el cuento *La Guerra*, el soneto *Fotografías*, etc. «¿Qué queda—dice Nuñez de Arce en una nota—del escritor satírico que apuntaba en estas desenfadadas poesías? Apenas nada. Aquella Musa sarcástica de mis primeros años, ha huido con mi juventud bulliciosa; mis epigramas se han convertido en elegías, y lo que antes me hacía reír, ahora me inspira compasión ó me aflige.»

V.

Después de la publicación de los *Gritos del Combate*, Nuñez de Arce ha dado á la luz algunos nuevos frutos de su peregrino ingenio, que le han elevado á la mayor altura; pues sus cantos reunen, á los primores de una versificación esmeradísima, la belleza y la profundidad de una idea grandiosa.

Como un verdadero modelo poético puede considerarse el *Idilio* que ha brotado de su imaginación meridional y de su pluma castiza. Sería preciso copiarlo entero para hacer comprender debidamente las bellezas innumerables que Nuñez de Arce ha acumulado con mano pródiga en esa creación hechicera de su inspirada musa. Aquella gráfica descripción de los campos de Castilla; aquella revelación mútua del amor purísimo entre una cándida doncella y un mancebo apasionado; todas aquellas páginas, en fin, que conmueven nuestro corazón y cautivan nuestra mente, revelan la personalidad egrégia de un genio extraordinario y asombroso. Ellas prueban, además, la injusticia con que se ha acusado al autor de no expresar en sus cantos la sencilla ternura de los sentimientos amorosos, retratados á maravilla en esta producción.

Iguales encomios merece su elegía *A Herculano*: escrita en esculturales tercetos, metro difícil que Nuñez de Arce maneja con una gallardía de que no conocemos ejemplo, muestra, no tan sólo que su autor es ya honra gloriosa de las letras españolas, por los primores de forma que ostenta, sino también que late en su pecho un corazón patriótico, y llena su mente la idea nobilísima del progreso.

Así, dice refiriéndose al insigne historiador y vate portugués:

«Cantor de vigorosa fantasía,
pulsó inspirado el *Arpa del creyente*

y amó la libertad. ¡Quién no ama el día!»

Y persiguiendo siempre el elevado pensamiento que sin cesar le anima, exclama después:

«De su viril constancia ante el ejemplo,
¡con cuánta angustia de la edad presente
la vergonzosa indecision contemplo!

Incrédula, dudosa, indiferente,
lidia sin fé, sin convicción se agita,
y no acierta á esplicarse lo que siente.

Ya con sordo fragor se precipita
como el alud del monte, ya asustada
los hierros del esclavo solicita.

Sigue rebelde ó sierva su jornada,
y más que al ruego al látigo obedece,
¡ay! cuando no vencida, fatigada.»

Y más adelante añade:

«La duda nuestros ímpetus refrena,
abre anchuroso cáuce al egoismo
y sólo funda en movediza arena.

¡Pero no es fácil resistir! Yo mismo,
que deploro su mal, mis horas paso
incierto entre los cielos y el abismo.

Herido á un tiempo por el brillo escaso
de un moribundo sol, que lentamente
va cayendo en las sombras del Ocaso,

Y por la tibia aurora que en Oriente
empieza á despuntar, también vacilo
y apenas sé donde posar mi frente.»

La conclusion de esta magnífica elegía, es remate dignísimo de obra tan acabada. Copiémosla:

«Esa Historia, entre tantas celebrada,
del egrégio Herculano obra maestra,
¡ay! quedará por siempre inacabada.

Pero tan raras perfecciones muestra,
que es, y será en los siglos venideros
gloria de Portugal..... ¡y también nuestra!

¿Por ventura los débiles linderos
que la discordia entre nosotros puso,
han roto nuestros vínculos primeros?

Hermanos son el español y el luso,
un mismo origen su destino enlaza,
y Dios la misma cuna les dispuso.

Mas aunque fuesen de enemiga raza,
la generosa tierra en que han crecido
con maternal orgullo los abraza.

¿A quién importa el rumbo que han seguido?
Dos águilas serán de opuesta zona,
que en el mismo peñon hacen su nido.

Ese sol que les sirve de corona,
con torrentes de luz sus campos baña
y sus frutos idénticos sazona.

Juntos pueblan los términos de España,
y parten ámbos con igual derecho
el mar, el rio, el llano y la montaña.

Cuando algun invasor, hallando estrecho
el mundo á su ambicion, con ellos cierra,
la misma espada les traspasa el pecho.

El mismo hogar defienden en la guerra,
el mismo sentimiento los inspira,
cúbrelos al morir la misma tierra,

y tan unidos la razon los mira,
como los fuertes dedos de una mano
y las cuerdas vibrantes de una lira.

¡Ay! cuando luchan con rencor tirano,
pregunta Dios al vencedor impío:

—¡Caín, Caín, qué hiciste de tu hermano!—

Juntos mostraron su indomable brío
en lid reñida, infatigable y fiera,
contra un poder despótico y sombrío.

Y juntos alzarán, cuando Dios quiera
poner fin á su mútua desventura,
una pátria, una ley y una bandera.

Por eso ante la humilde sepultura
que guarda al más insigne de tus hijos,
España ¡oh Portugal! su llanto apura,

y en tí sus nobles pensamientos fijos,
acude ansiosa á consolar tus penas;
pero no á compartir tus regocijos.

Podrá el recelo ruin si no le enfrenas,
hacer que el ódio entre nosotros cunda,
y no luzcan jamás horas serenas,

podrá impedir nuestra unidad fecunda;
mas no evitar que de mi pátria el llanto
con el que tú derrames se confunda.

¡No lo conseguirá! ¡No puede tanto!»

VI.

Llegamos al cabo á las obras más famosas de Nuñez de Arce: á la série preciada de sus poemas. El entusiasmo producido por estos esfuerzos colosales de la imaginacion y del talento, es superior á todo encomio; rebasa ya los límites de lo acostumbrado y entra en la region de lo anormal y de lo extraordinario.

La *Última lamentacion de Lord Byron* fué leida en el clásico Teatro Español por el eminente actor D. Rafael Calvo; recitada tambien en el Ateneo de Madrid, y extendida luego por todos los círculos, el público agotó en poco tiempo quince ediciones, cosa desusada en España, y la crítica prodigóle los mayores elogios que pueden á un autor concederse. Sea ejemplo el docto y malogrado crítico D. Manuel de la Revilla, tan competente en aquel ramo de la literatura: había dicho el inolvidable catedrático de la Central, en un artículo biográfico, que Nuñez de Arce sólo podía figurar en ese grupo de poetas, únicos dignos del nombre de *vates*, que sienten *hondo y fuerte* y cuyo corazon solo palpita por las cosas grandes, y no entre los capitanes ciertamente, pero sí entre los más valiosos soldados: bien pronto, sin embargo, dá á la luz Nuñez de Arce la *Última lamentacion*, y entonces Revilla, entonando en su honor un himno entusiasta, asegura que el poema citado es uno de esos monumentos de la poesía que muestran hasta qué extremo de grandeza puede llegar la inspiracion humana, y están destinados á perpetuarse á través de las edades; que es la creacion gigante de un génio asombroso que reúne la profundidad de Rioja á la robusta entonacion de Herrera, compite con Byron, aventaja á Quintana, emula á Píndaro, y en nuestros tiempos no tiene más rival que Victor Hugo, al que supera en la pureza de la forma; que basta para asegurar á su autor la corona de la inmortalidad, y que Nuñez de Arce ha

llegado á aquella altura en que el hombre casi se identifica con el dios.

Y no son éstas exajeraciones é hipérboles de una admiracion irreflexiva y ciega: es que Nuñez de Arce ha hecho un alarde potentísimo de su maravillosa fuerza creadora y ha llenado de prez eterna el nombre de la pátria.

Bien lo prueban: la pintura que hace del estado de Europa en aquellos aciagos dias durante los cuales, despues de eclipsada la estrella y destruido el poder de Napoleon, fueron presa las naciones continentales de una vergonzosa y sangrienta reaccion teocrática; las octavas que pone en boca de Byron recordando á su hija, en las cuales se vé que tambien vibran en esta composicion titánica las cuerdas de los sentimientos dulces y de los dolores íntimos; y otros muchos pasajes.

Pero lo que, á nuestro juicio, á todo supera y aventaja, es la soberbia descripcion de Grecia: allí el poeta se ha convertido en pintor y ha agotado todos los colores y matices de su paleta; en filósofo, y ha derramado en sus palabras inspiradas un raudal de pensamientos profundísimos; en tribuno, y ha relampagueado en su acento el verbo de la libertad y la voz de las generaciones emancipadas. Veámoslo:

¡Grecia, Grecia inmortal! ¡Madre amorosa
de héroes y génios! ¡Sosegada fuente
de rica inspiracion! ¡Fecunda esposa
del arte! ¡Éterna luz de nuestra mente!
¡Con qué ansiedad tan íntima y piadosa
por vez primera respiré tu ambiente!
y al escuchar el son de tus cadenas,
¡con cuánta indignacion lloré en Atenas!

Yo recorrí tus campos, tus sombríos
bosques y tus poéticas colinas;
templé mi sed en tus sagrados rios
y me bañé en sus ondas cristalinas.
Entregado á mis vanos desvaríos
con mudo asombro contemplé tus ruinas,
iluminadas por el cielo heleno
de música, y color, y aromas lleno.

¡Cuál se destacan los contornos puros
del templo secular! La verde hiedra
trepando inquieta por los altos muros,
en la hendida pared arraiga y medra.
Mueve el aire sus vástagos oscuros,
colora el sol la ennegrecida piedra,
y parece que inmóvil en la cima
el moribundo Partenon se anima.

Allí sesteaba el balador ganado,
paciendo en calma la reseca hierba
que crece al pié del templo consagrado
á las fecundas artes de Minerva.
El pastor perezoso y descuidado,
á quien el sol canicular enerva,
duerme tranquilo en la agostada alfombra
del mutilado pórtico á la sombra.

Tranquilo duerme ó vaga sin objeto
al compás de los cantos que improvisa,
dulces como la miel del monte Himeto
que en el lejano término divisa.
El, de una raza de gigantes nieto,
su heroica tierra indiferente pisa,
y no guarda indolente en su memoria
ni el propio origen, ni la patria gloria.

Mas la conserva el mundo. En vano, en vano
celosos de tus ínclitas empresas
el tiempo adusto y el rencor humano
redujeron tus templos á pavesas.
En vano ¡oh Grecia! la implacable mano
de tu opresor envilecida besas:
tan excelso renombre conseguiste
que á la edad y á tu infamia se resiste.

¡Y nunca morirá! Puede la lumbre
extinguirse en tu claro firmamento;
puede rodar la inmensa muchedumbre
de tus dioses, postrada y sin aliento.
Pero los écos de la enhiesta cumbre,
los rumores del bosque, el mar y el viento,
repiten cadenciosos los gemidos
de tus dioses olímpicos vencidos.

Vencidos, mas no muertos. ¿Hay alguno
que no viva en el mundo de la idea?

En él fulgura Apolo, alienta Juno,
duerme en su concha Vénus citerea,
en su carro marino el dios Neptuno
por el undoso piélago pasea,
Júpiter vibra el rayo ignipotente
y orla Baco de pámpanos su frente.

Aún ciñendo su rústica guirnalda
turban nuestra memoria tus bacantes,
con el cabello suelto por la espalda
y los desnudos pechos palpitantes;
aún vagan en silencio por la falda
del sacro Pindo, que animaron ántes
tristes las Musas, pero siempre hermosas,
coronadas de láuro, y mirto, y rosas.

La rábia en los mortales corazones
de tus negras Euménides aún dura;
aún surcan tus nereidas y tritones
del hondo mar la líquida llanura;
aún se perciben los alegres sonos
de la flauta de Pan en la espesura,
cuando ensalza y endiosa la grandeza
de la amante y feraz Naturaleza.

La luminosa huella de tu paso
es estela que nunca se ha extinguido,
y conservas tu fama, como el vaso
guarda la aroma del licor vertido.
Se alza Homero en la cumbre del Parnaso
resistiéndose al tiempo y al olvido,
y de tus ricas artes los despojos
encanto son del alma y de los ojos.

Labra el mármol con mano ejercitada
Fidias, infúndele su fuego interno,
y dá á la humanidad maravillada
de la eterna belleza el molde eterno.
La piedra por el génio fecundada
palpita á impulsos del amor materno,
y surge de su entraña endurecida
la estatua llena de reposo y vida.

La ardiente inspiracion del viejo Esquilo,
sorprendiendo el dolor de Prometeo,
revela al mundo en prodigioso estilo
las perdurables ánsias del deseo.

Jóve impasible, pero no tranquilo
oye el rugir del indomable reo
que encadenado á la escarpada roca
con renaciente furia le provoca.

¡No, no te asuste lo futuro ignoto,
comarca infortunada! Aunque tus días
cortase de improviso el terremoto
y te tragara el mar, no morirías.
Bastáran una estrofa, el dorso roto
de una estatua, un fronton, cenizas frías
de tu pasado, para no olvidarte.
¡Oh cuna de los dioses y del arte!

Con cuán amarga indignacion, con cuánto
dolor, presa de un déspota contemplo
tanta belleza incomparable, y tanto
recuerdo angusto á la virtud ejemplo!
Todo me inspira lástima y espanto:
el arco hendido, el derribado templo,
la columna volcada entre la hierba,
tus hijos degradados y tú sierva.

¿Y ha de vivir en abyeccion profunda
siglos y siglos, tu escogida raza?
No: ponte en pié, revuélvete iracunda,
el fuerte escudo minervino abraza:
para romper tu bárbara coyunda,
de Hércules toma la pujante maza,
acostumbrada en tus fornidas manos,
á rendir mónstruos y á domar tiranos.

Lanzas te den tus bosques, tus cadenas
hierro para luchar, las tempestades
su furor, y el recuerdo de tus penas
ódio mortal para que no te apiades.
Convierte tus peñascos en almenas,
tus campos tala, incendia tus ciudades,
y sí ser grande y respetada quieres
de tí, no más, la salvacion esperes.

Recuerda, ¡oh Grecia! los antiguos hechos
de tus hijos magnánimos y bravos,
y reconquista sólo tus derechos
sin fiar en latinos ni en eslavos.
Cubra la cota bélica tus pechos
cansados ya de amamantar esclavos,

y el rayo destructor tu diestra vibre,
que quien sabe morir, sabe ser libre.»

A la *Última lamentacion de Lord Byron* han seguido, en el orden de la aparicion, *La Selva oscura*, *El Vértigo* y *La Vision de Fray Martin*, vástagos ilustres todos de esta progénie de príncipes que constituye la familia literaria de Nuñez de Arce. El éxito de estos nuevos poemas no ha sido menor que el de aquella. El primero de ellos ha alcanzado ya seis ediciones; el segundo, once; y el último, más reciente, se eleva hasta ahora á la cifra de cinco; ascendiendo también á siete el *Idilio* ántes nombrado. En el extranjero, han obtenido asimismo gran boga; y corren numerosas ediciones, castellanas unas y vertidas otras á los idiomas de los respectivos paises, en los Estados-Unidos, en Alemania, en Méjico y en toda la América meridional.

Deteniéndonos ahora en hacer su exámen, diremos que *La Selva oscura* abunda á las veces en vigorosas estrofas, y otras en rasgos delicados, de tal modo sublimes, que al oír hablar al poeta florentino en los versos del vate español, creemos escuchar sus propios arrebatos y las resonancias mismas de sus divinos cánticos. Nuñez de Arce ha querido representar en el simbólico amor de Dante á Beatriz la constante aspiracion del hombre hácia lo infinito; y al hacerlo, ha resultado el psicólogo á la misma altura que el artista. De buen grado reproduciríamos los más notables pasajes de estos dos cantos; pero por no hacer nuestras citas demasiado extensas, nos limitaremos á transcribir las frases puestas en los lábios del autor de *La Divina Comedia*, pintando los hechizos de su amada, ya muerta; descripcion llena de sentimiento y ternura. Dice así:

«Aquella faz purísima y hermosa
que formaron en hora afortunada
la nieve en competencia con la rosa;
aquella casta frente, urna sagrada
de virtud y de amor; aquellos ojos
claros como la luz de la alborada;
aquel seno gentil, aquellos rojos
lábios, que con su púbrica sonrisa

templaban el rigor de mis enojos;
 aquella voz que trémula, indecisa,
 llegaba á mi, como lejano canto
 de la noche, en las álas de la brisa;
 todo al compás de mi abundoso llanto,
 pasó ante mí, como fugaz centella,
 y aún pienso en aquel día con espanto.

La muerte misma la encontró tan bella,
 que al trasplantarla á mundos superiores
 su hálito destructor no imprimió en ella.

Yo la ví á los siniestros resplandores
 de blanco cirio, al parecer dormida,
 la sien orlada de olorosas flores,
 y en su apacible faz descolorida
 posé temblando un ósculo... ¡el primero
 y único beso que le dí en mi vida!»

El Vértigo es una leyenda sombría y terrible, escrita en perfectas décimas.—Un noble sanguinario y feroz tiene con sus crímenes aterrorizada la comarca:

«Desde su escarpada roca
 baja al indefenso llano,
 con el acero en la mano
 y la blasfemia en la boca.
 Excita con rábia loca
 el ardor de su mesnada,
 y no cesa la algarada
 conque á los pueblos castiga
 sino cuando se fatiga
 más que su brazo, su espada.»

Esta verdadera hiena humana guarda encerrado á su propio hermano en un oscuro calabozo: aborrécele de muerte por su bondad y sus virtudes, y no puede soportar él mismo la enorme pesadumbre de su ódio:

«Ah! no es extraño que gima
 de su angustia en el exceso,
 como el Titan bajo el peso
 del mundo, que lleva encima.
 No es extraño que le oprima
 su rencor vivo y profundo,
 ni que se agite iracundo
 con más ímpetu quizás,

porque á veces pesa más
un pensamiento que un mundo.»

Consúmase el fratricidio: D. Juan, que así se llama el monstruo, huye después desalado; pero hállese en todas partes perseguido por su remordimiento:

«Corre, corre, y corre en vano,
porque cuanto más avanza,
más cerca á mirar alcanza
el cadáver de su hermano.
No encuentra término al llano,
y vé con ánsia cruel
los ojos del nuevo Abel,
de eterna sombra cubiertos,
siempre fijos, siempre abiertos,
siempre clavados en él.»

La última décima expresa el pensamiento moral de la leyenda:

«¡Conciencia, nunca dormida,
mudo y pertinaz testigo,
que no dejas sin castigo
ningun crimen en la vida!
La ley calla, el mundo olvida;
mas ¿quién sacude tu yugo?
Al Sumo Hacedor le plugo
que á sólas con el pecado,
fueses tú para el culpado
delator, juez y verdugo.»

En el otro poema citado, *La Vision de Fray Martin*, Nuñez de Arce se eleva y agiganta más aún. No pierde la forma ninguna parte de su belleza, á pesar de haber prescindido de la armonía de la rima, ántes al contrario, parece que los versos libres se adaptan como ningunos á la severidad del asunto y le prestan cierto tinte magestuoso y solemne. La naturaleza está pintada á maravilla, como en todas las obras del autor, que revela en ellas poseer un talento descriptivo de primer orden: el fondo de la composicion es también profundo. Lutero, protagonista, aparece retratado en los más críticos instantes de su vida: contem-

pla el espectáculo escandaloso ofrecido por Roma en su tiempo; asáltale la duda, y su espíritu vacila:

«Buscaba el alma con creciente anhelo
la Cruz por todas partes, y por todas
la vió rota ó volcada; parecía
que la ciudad adúltera, en su culto
reintegraba á los dioses decaídos.
¿Dónde estaba Jesús? ¿En donde estaba
María, madre del dolor humano
y estrella de los mares procelosos?
¿En dónde estaba la verdad? ¿En dónde?
La erudicion infatigable; el arte
hermoso, pero idólatra; la ciencia
incrédula ó rebelde; los deseos
como sátiros, sueltos, se rendían
á la más ciega admiracion pagana.
Uniendo el sacrilegio á la torpeza
de *Moises* bajo la austera forma
Júpiter palpitaba; la afrodita
Vénus bajo las tocas virginales
de la Madre de Dios, si es que el lascivo
pintor la imágen de su amor profano
á su lienzo inmortal no trasladaba.
Las estátuas desnudas, los obscenos
cuadros, los libros licenciosos, eran
más que ornamento, escándalo y ludibrio
de la mansión pontifical; sus muros,
donde tan sólo resonar debían
místicas oraciones, con el coro
de vergonzosas farsas retumbaban.
Ritos, costumbres, ceremonias, usos
de la Roma gentílica, surgiendo
de sus clásicos antros removidos,
cual el hedor que de las tumbas sale
apestaban la tierra, y lentamente
iban velando el resplandor fecundo
de la gloriosa Cruz.....

.....
Ante este cuadro de ignominia, el alma
al cielo alzó las impalpables manos,
cayó de hinojos en la roca viva,
escondiendo su faz, y con acento
que en su conciencia resonó tan sólo
cual queja acusadora:—¡Oh, Roma!—dijo—

¡Roma! ¿Qué has hecho de mi Dios?—.....»

Con esto, la rebeldía se declara: el monge agustino rompe los lazos que le unian á la Iglesia, y dá principio la Reforma.

Todos estos poemas de cortas dimensiones, sólo son, segun las modestas frases del autor, «tentativas en que ejercita sus fuerzas y ensaya su aptitud para los vários géneros de la poesía contemporánea.» Hé aquí cómo lo explica: «En la *Última lamentacion de Lord Byron*,—dice,—he procurado probarme en el tono épico, tal como yo creo que debe ser en nuestra época; en el *Idilio* he intentado penetrar en el seno de esa poesía íntima, familiar, patética, que se desarrolla al calor del hogar y en la dulce serenidad de la naturaleza; en *La Selva oscura* he pretendido velar mi pensamiento, sin hacerlo incomprensible, en los misterios de la alegoría y del simbolismo; en *La Vision de Fray Martin* he deseado, bajo forma severa y grave, unir lo fantástico y lo sobrenatural á lo real y trascendente. En *El Vértigo* predominan exclusivamente el carácter legendario y la forma popular, para lo cual le he escrito en el metro del pueblo.»

Ahora prepara cinco nuevas obras de este género, *Hernan el Lobo*, *Una boda en el mar*, *Las Musas*, *El Áteo* y *La Guerra y la Peste*. Todas ellas corresponden tambien al número de los que llama sus *ensayos*; y si tales son éstos, fácil es presumir á dónde se remontará su génio, cuando, como tiene prometido, se decida «á escribir un Poema de mayores y más trascendentales proporciones.»

¿Acertará el poeta en su propósito y seguirá acrecentando el renombre inmortal de que ya goza? ¿Cómo dudarle? Las obras que hasta aquí ha producido, y que ya quedan examinadas ántes, son una garantía de ello. Además, Nuñez de Arce es jóven todavía: se encuentra en la edad madura, en la entera plenitud de la inteligencia, cuando, pasados los arranques inexpertos de los primeros años, no se ha entrado, sin embargo, en el periodo decadente de la decrepitud; y así, las letras pátrias han de ver-

se honradas todavía con nuevas y luminosas creaciones de su fecundo númen.

VIII.

No puede presentar tan sólo Nuñez de Arce, para merecer el aplauso del público y despues la admiracion de la posteridad, los títulos brillantes de egrégio poeta lírico, único aspecto bajo el cual nos hemos propuesto considerarle hoy. Como dramático, ha dado tambien á la escena obras excelentes, siendo la más celebrada de todas *El haz de leña*: además, han logrado asimismo merecido triunfo, entre otras, las tituladas *Deudas de la honra* y *Herir en la sombra*, escrita esta última, de igual modo que *La Jota aragonesa* y *El Laurel de la Zúbia*, en colaboracion con D. Antonio Hurtado. Como prosista, distínguese por lo enérgico y vigoroso de su estilo y la solidez de sus razonamientos, segun puede verse en el mismo Proemio de los *Gritos del Combate*, que ya ántes citamos y del que hemos trasladado algunos párrafos; en su notabilísimo discurso de recepcion en la Academia Española, donde ocupa una plaza de número, y en todos sus demás trabajos. A mayor abundamiento, Nuñez de Arce ha escrito, segun tenemos entendido, algunas novelas poco conocidas en España, de las cuales se han hecho ediciones en Francia y Portugal, y es al propio tiempo hombre político y orador.

Con todo, no obstante, donde más brilla Nuñez de Arce, es en el campo de la poesía lírica: allí tiene señalado su puesto preferente y allí le llaman las dotes privilegiadas que á la naturaleza plugo concederle; pues mientras se hable la lengua castellana, y merezcan el loor debido las creaciones sublimes de los grandes génios, el nombre de Nuñez de Arce aparecerá lleno de eterna fama y rodeado de perpétua gloria.

CAMPOAMOR.

I.

Todas las literaturas cuentan con génius innovadores, que señalan un cambio progresivo en las tendencias artísticas y en los ideales de su tiempo.—Truena Byron en Inglaterra contra las costumbres inveteradas de la ceremoniosa sociedad británica; rompe con las viejas tradiciones de la poesía cortesana; personifica en sí el alma entera de su siglo, y ora envuelto en la corriente de un excepticismo contagioso, exhala dolorido los amargos acentos de la duda y de la incredulidad, ambas desgarradoras, pero también invencibles; ora, henchido de un sentimiento nobilísimo, vibra en su lira el cántico de la libertad y recuerda á Grecia oprimida los hechos gloriosos de su inmortal historia y excita á sus hijos para que devuelvan su pasado esplendor y emancipen de extrañas tutelas á la inspirada madre de las artes.—Leopardi en Italia se aparta de las escuelas optimistas, encarna en sí la nueva dirección del pesimismo, lanza á los espacios los ayes que se escapan de su atormentado corazón, y

al mismo tiempo lamenta en patéticos tonos y pinta en conmovedores cuadros las desgracias de su patria, como para sacudirla de su sueño de muerte y hacerla levantar, redimida y una, su arrogante y hermosa cabeza, que taladraban las espinas de su martirio y su servidumbre; espectáculo grandioso que hemos visto realizarse más tarde á nuestros propios ojos, testigos ayer de su infortunio y hoy de su resurreccion.—En Alemania, lucha Goëthe por identificar la poesía con la realidad, abre nuevos horizontes á la inventiva y al génio germánico, y dá comienzo á una nueva era de prosperidad y de grandeza para las letras de su país.—Francia, en fin, sacude el gusto versallés y entra en derroteros artísticos hasta entonces desconocidos, grácias á la fantasía soberana de Víctor Hugo, que olvida las instituciones caducas y se inspira en los vastos problemas sociales y en la epopeya gigantesca de nuestros adelantos maravillosos.

España no podía tampoco permanecer inmutable entre este universal renacimiento, y así como en el siglo XVI, Boscan primero y Garcilaso despues introducen en la decadente poesía nacional las formas métricas de la escuela italiana y dan principio al mayor periodo de esplendor que por entonces alcanzára la lírica española, así tambien en los albores de nuestra centuria resuena potente la voz de Quintana, que maldice los torpes ídolos de un absolutismo degradante y entona himnos exaltados en loor de las modernas conquistas; y más adelante fulgura el estro de Espronceda, que marca otra direccion á nuestro inquieto pensamiento y expresa un nuevo aspecto del vacilante espíritu de nuestra época renovadora.

Despues, no ha quedado estacionaria tampoco la poética castellana: más jóvenes y peregrinos ingénios diéronle gallardo impulso, consagrando su vida á esta empresa meritoria; y hoy, mientras escucha nuestro oído embelesado los acordes armoniosos de sus áureas arpas, tributamos á su inspiracion nuestros aplausos y rendimos á su génio el homenaje de nuestro entusiasmo.

II.

Don Ramon de Campoamor es uno de los representantes más ilustres de esta pléyeda de insignes poetas. En su juventud dióse á conocer en el antiguo Liceo de Madrid con algunas delicadas composiciones, llenas de fantasía por una parte y de primores de rima por otra. Despues las reunió en coleccion, y aparecieron sus *Ternezas y flores* y sus *Ayes del alma*. La imaginación meridional del autor se revela en ellas en toda su riqueza; lanza su inspirada lira sonos cadenciosos de incomparable armonía, todos espontáneos, todos naturales, y las imágenes floridas, y los conceptos elegantes y las galas más bellas, forman el conjunto admirable de estas obras aflagranadas. Unas son alegres y risueñas, escritas con todo el fuego del amor impetuoso de los primeros años; otras reflejan ya una nueva faz del alma del cantor, ménos crédula que ántes y más herida por los pesares.

De estos libros elegimos sus silvas *Á la Luz*, para presentar á Campoamor como poeta descriptivo en sus ensayos juveniles. —En la tercera de ellas pinta el declinar de la tarde, y luego añade:

«Los árboles sus cúpulas frondosas
Con verde pompa y majestad inclinan,
Á impulso de las áuras sonoras
Que hácia el ocaso tras la luz caminan.
Si alza la noche su atezado manto
La luz huyendo sus horrores dobla,
Si gime un ave en dolorido canto,
El eco gime, y su plañir redobla.
Quejas levanta al murmurar doliente
Fugaz el áura en apacibles giros,
Y al trasmontar la luz, son de la fuente
Las aguas llanto, y el rumor suspiros.

¡Ay! no es así cuando á los frescos llanos
 Bajan al alba en celestial decoro
 Sílfides blancas, que con rubias manos
 La aurora ciñen con guirnaldas de oro.
 Plácida entonces sin rumor aspira
 Ligera el áura despertando olores,
 Y regalada del frescor, respira
 Amor la selva, y la pradera amores,
 La niebla entonces por el manso viento
 Se adorna de los rayos matutinos,
 Y entonces se oyen con sabroso acento,
 En vez de quejas, amorosos trinos.»

De las facultades del autor en el género festivo, que tambien ha cultivado, pueden dar idea las siguientes quintillas, dedicadas *Á una Beata de máscara*, y que rebosan picaresca gracia:

«La del enlutado manto,
 La de la toca de encaje,
 La de mil hombres encanto,
 ¿Cuánto vá á que no est tan santo
 Tu pecho como el ropaje?
 En vano ocultarnos trata
 De tus ojos los destellos
 El lienzo que te recata;
 Y por Dios que son, beata,
 Para ser santos, muy bellos.
 Sobre tu nevado seno
 Pesa la cruz de un rosario,
 Y aunque humilde nazareno,
 Muriera de gozo lleno
 En tan hermoso calvario.»

Campoamor compuso tambien una série de *Fábulas*, políticas, religiosas, morales y filosóficas, en las cuales, entre rasgos de ingenio, estampa máximas y consejos de provecho para la vida.

Hasta aquí, Campoamor era ya un poeta muy distinguido; pero aún podía acrecentar su fama con empeños más altos y obras de mayores vuelos; y en efecto, avanzando el tiempo inicia en sus aptitudes una nueva tendencia filosófica y un nuevo y superior progreso, y dá á las prensas su poema en diez y seis cantos ti-

tulado *Colon*; otro en ocho jornadas que denomina *El drama universal*; y la coleccion inestimable de sus *Cantares*, verdaderos poemas de ternura, intencion y sentimiento.

El primero es notabilísimo, tanto en la versificacion como en la idea; lo mismo cuando pregunta por los atrevidos navegantes que componian la expedicion al Nuevo continente, y dice:

«—¿Que quiénes son?—Nadie su nombre ha oido.
—¿Que á dónde ván?—¡Á donde nadie ha ido!»

y cuando expresa el pensamiento del protagonista con esta frase:

«—¿Os espantais? Yo en vuestro espanto abundo:
Marcha à borrar los límites del mundo»;

que en los cantos *La Atlántida*, *Las nubes* y todos los otros.

El drama universal merece tambien subidos encomios por su pensamiento y por su desarrollo: aquel es digno del ingenio que lo concibiera, y así hacemos su mayor elogio; éste se halla de igual modo á la altura de las mejores obras del autor, y al decir de un distinguido publicista, abunda en detalles admirables.

En cuanto á sus *Cantares*, los tiene bellísimos: Campoamor es uno de los poetas que con más éxito han cultivado este género, logrando presentarnos gran número de aquellos en los cuales aparece limpia de defectos la forma de las coplas populares, reuniendo á la vez un fondo profundo, que pocas veces se halla en las que son producto espontáneo de la musa desaliñada de los indoctos.

Citaremos sólo unos pocos, para no alargar en demasía este estudio, y enseguida entraremos de lleno en la parte principal y más importante del mismo.

De los siguientes, pertenecen los dos primeros á la seccion de los epigramáticos, y el último á la de los filosófico-morales:

«Mira que ya el mundo advierte
Que al mirarnos de pasada,
Tú te pones colorada,
Yo pálido cual la muerte.
Cuando pasas por mi lado

Sin tenderme una mirada,
 ¿No te acuerdas de mí nada,
 Ó te acuerdas demasiado?
 El tiempo á todos consuela,
 Sólo mi mal acibara,
 Pues si estoy triste se pára,
 Y si soy dichoso, vuela.»

III.

Enumeradas ya algunas de las obras por las cuales disfruta Campoamor de justa nombradía, tócanos ahora tratar de aquellas de sus creaciones que constituyen los más brillantes timbres de su gloria. Tales son las *Doloras* y los *Pequeños poemas*.

Con ellas, Campoamor ha operado una profunda revolucion en el campo de nuestra lírica. Así como Becquer, por ejemplo, encontró en sus *Rimas* el modelo de la poesía del corazón, halló aquel en estas producciones la fórmula de la poesía filosófica; y poniendo al servicio del arte las investigaciones y las conquistas de la ciencia, y adornando á ésta con el hermoso ropaje de la forma artística, realizó á la par dos empresas grandiosas: dar á la poesía verdadera trascendencia, y presentar los descubrimientos modernos bajo el aspecto más agradable y simpático. Todos los problemas de la filosofía los convierte en temas para sus canciones, y los adorna con los primores de la versificación.

Esto ha hecho decir á la crítica que Campoamor es uno de los poetas castellanos que mejor pudieran sufrir una traducción en prosa á cualquier lengua extranjera. Ciertamente, la idea domina sobre todo en sus obras, y las hace más sustanciosas y nutridas de pensamiento que las de otros ingenios, dados á la armonía del ritmo más que á la intención ó importancia del argumento. Campoamor, por el contrario, procura hermanar ambas cualidades; y porque lo consigue, es proclamado poeta insigne.

En cuanto á la originalidad de Campoamor, está ya fuera de duda. Las polémicas suscitadas con este motivo hace algun tiempo, concluyeron dilucidándola claramente, y hoy no es puesta por nadie en tela de juicio. Las *Doloras*, tal como él las ha concebido y realizado, forman un género nuevo, que habrá de prevalecer en lo sucesivo. Podrá encontrarse en las obras de ciertos escritores antiguos, alguna que otra poesía á ellas comparable; existirá entre ambas semejanza, y quizá parezcan informadas por la misma tendencia; mas estas inspiraciones sueltas de autores diversos, nunca llegaron á sujetarse á un plan determinado, y la gloria de haber reducido á *sistema* estos elementos dispersos, y de haber constituido con ellos una escuela, corresponde toda entera á Campoamor.—Los *Pequeños poemas* se encuentran tambien en igual caso: lo mismo Heine que Musset, lo mismo Byron que Hugo, cultivaron en sus países este género y le hicieron adquirir gran importancia; pero en nuestra pátria, Campoamor es el que los funda, el que los créa, el que les dá vida; y además, logra que los suyos á ningunos otros se parezcan y que sean completamente propios y originales.

Ahora podremos preguntar qué es la *Dolora*, y lo primero que saltará á nuestra vista, será el neologismo de la palabra. Campoamor la inventó para designar esta clase de poesías á él debidas, y al frente de la primera edición expuso las razones en que hubo de fundarse para ello. Definiéndola, el autor dice que la *Dolora* es «una composicion poética en la cual *se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento y la concision con la importancia filosófica.*» Otros escritores han tratado de explicarla tambien: Ruiz Aguilera opina que es «una composicion poética en la cual debe hallarse *constantemente* unida á un sentimiento melancólico, má ó ménos acerbo, cierta importancia filosófica»; Laverde Ruiz la considera «una composicion didáctico-simbólica en verso, en la que armonizan el córte ligero y gracioso del epigrama y el melancólico sentimiento de la endecha, la exposicion rápida y concisa de la balada y la intencion moral ó filo-

sófica del apólogo ó de la parábola»; para Revilla, en fin, es «una composición poética, de forma épica ó dramática, y de fondo lírico, que, en tono á la vez ligero y melancólico, expresa un pensamiento trascendental». Como se vé, todas estas definiciones convienen en el fondo.

Los temas que Campoamor desenvuelve en sus *Doloras*, con ser tan vários, se distinguen casi siempre por su tendencia pesimista, la cual establece una línea divisoria entre sus inspiraciones de los primeros años y sus obras de la edad madura, joviales y placenteras aquellas, impregnadas estas de cierto desencanto y cierta tristeza, que retratan el estado de su alma y á la par reflejan el de su época. Uno de sus biógrafos ha escrito, que Campoamor vá dejando cada día que pasa un giron de sus creencias, que expone en sus *Doloras*; y segun la opinion de otro crítico célebre, su excepticismo es aún «más amargo, más desconsolador y más peligroso que el de Espronceda, por lo mismo que es más sereno y razonado. El de este revela una época en que la duda era un tormento para el espíritu; el de Campoamor anuncia un estado social en que ya nos hemos connaturalizado con la duda. Aquel arranca del corazón, y es hijo de los desengaños; este nace de la cabeza, y es fruto de serena y fria reflexion. El primero denuncia una existencia atormentada y dolorosa; el segundo la vida tranquila de un espíritu á quien no molesta gran cosa la falta de creencias. Campoamor no se limita á renegar de los hombres, sino que su duda alcanza á las ideas; no se circunscribe á negar el amor, la poesía y la amistad por virtud de añejos desengaños, sino que lo niega todo, incluso la realidad del conocimiento. Y lo niega con imperturbable calma, con serenidad pasmosa, á veces nublada por ligero tinte de tristeza.»

No hay más que leer las *Doloras* de Campoamor, para convencerse de la exactitud de estos asertos; en ellas dice *que son humo las glorias de la vida; que vivir es olvidar; que todo es sombra, ceniza y viento; que tarde ó temprano es infalible el*

mal; que el bienestar del hombre es la muerte; que todo se pierde; que al hombre sólo le afectan el calor y el frío; que no hay honor ni virtud mas que en la lengua; que el placer es la fuente del hastio; que el variar de destino solo es variar de dolor; y en fin,

«Que en este mundo traidor
nada es verdad ni mentira.
*Todo es segun el color
del cristal con que se mira.»*

Veáse, como cuadro completo, la *Dolora* titulada *Amor y gloria*, que elegimos por su corta extension:

«¡Sobre arena y sobre viento
Lo ha fundado el cielo todo!
Lo mismo el mundo del lodo,
Que el mundo del sentimiento.
De amor y gloria el cimienta
Solo áire y arena son.
¡Torres con que la ilusion
Mundo y corazones llena,
Las del mundo sois arena
Y áire las del corazon!»

No há mucho que se ha publicado la 15.^a edicion de las *Doloras*, y este número elevado, tan poco frecuente en nuestro país, prueba de cumplido modo la gran acogida dispensada por el público al vate esclarecido de quien tratamos. En esta coleccion reciente aparecen treinta *Doloras* nuevas, las cuales son gallardo testimonio de que su autor no envejece nunca: la fantasía de Campoamor es eternamente jóven, eternamente lozana y vigorosa; los armoniosos acentos de su lira suenan cada día con más cadencia, y bien puede asegurarse que el tiempo, en vez de marchitar, pule y abrillanta las ricas galas de su fecunda imaginacion.

Por su brevedad citaremos dos de estas nuevas y preciosas *Doloras*:

ROSAS Y FRESAS.

Porque lleno de amor te mandé un dia

Una rosa entre fresas Juana mia,
 Tu boca, con que á todos embelesas,
 Besó la rosa sin comer las fresas.

Al mes de tu pasion, una mañana
 Te envié otra rosa entre las fresas, Juana;
 Mas tu boca, con ánsia, y no amorosa,
 Comió las fresas sin besar la rosa.»

Segun se vé, áun de los asuntos más sencillos sabe sacar Campoamor el partido posible, y es siempre en ellos el mismo ingénio intencionado.

La otra *Dolora* es todavía más corta, pero no por eso ménos sustanciosa. Consta de dos sólos versos, á saber:

«AMOR AL MAL.

Por más que me avergüenza y que lo lloro,
 No te amé buena, y pérfida te adoro.»

Pero no resistimos á la idea de transcribir la titulada *Contrastes*, aunque sean mayores sus proporciones. Recordamos haberla leído tiempo atrás y que nos produjo singular encanto. Ahora no la tenemos á la vista; pero tal como en nuestra memoria se conserva, héla aquí:

«Mucho le amaste y te amó;
 ¿Recuerdas por quién lo digo?
 Era tu amante y mi amigo,
 Amaba, sufrió y murió.
 Cuando su entierro pasó
 Todos te oyeron gemir;
 Mas yo, Inés, al presentir
 Que le habias de olvidar,
 Sentí, viéndote llorar,
 La tentacion de reir.

Al año justo ¡oh traicion!
 Al baile fuí de tu boda,
 Y allí, cual la villa toda,
 Ví el gozo en tu corazon.
 ¿Y el muerto?—¡En el panteon!
 ¡Ay! cuando olvidada de él
 Á otro jurabas ser fiel,

Yo al verte reir, gemí,
Y dos lágrimas vertí
Amargas como la hiel.

Primero amor, luego olvido:
Aquí tienes explicado
Por qué en el baile he llorado
Y en el entierro he reído;
Siempre este contraste ha sido
Ley del sentir y el pensar;
Por eso no hay que extrañar
Que quien lee en lo porvenir,
Vaya á un entierro á reir
Y acuda á un baile á llorar.»

Algunas veces Campoamor ha hecho vibrar también en su lira la cuerda del sentimiento, y entre sus mismas *Doloras*,—prescindiendo de los *Poemas*, que enseguida juzgaremos—las hay muy bellas y delicadas, como la que se denomina *¡Quién supiera escribir!* Tan magistral y admirable nos parece, que creeríamos no proceder justamente si dejásemos de trasladarla íntegra:

- «—Escribidme una carta, señor cura.
—Ya sé para quién és.
—¿Sabeis quién és, porque una noche oscura
Nos visteis juntos?—Pues.
—Perdonad; mas....—No extraño ese tropiezo.
La noche... la ocasión...
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo.
Mi querido Ramon:
—¿Querido?... Pero, en fin, ya lo habeis puesto...
—Si no quereis...—¡Sí, sí!
—¡Qué triste estoy! ¿No es eso?—Por supuesto.
—¡Qué triste estoy sin tí!
Una congoja al empezar me viene...
—¿Cómo sabeis mi mal?
—Para un viejo, una niña siempre tiene
El pecho de cristal.
¿Qué es sin tí el mundo? Un valle de amargura.
¿Y contigo? Un eden.
—Haced la letra clara, señor cura,
Que lo entienda eso bien.

El beso aquel que de marchar á punto

Te di...—¿Cómo sabéis?...

—Cuando se vá y se viene y se está junto,
Siempre... no os afrenteis.

Y si volver tu afecto no procura

Tanto me harás sufrir...

—¿Sufrir y nada más? No, señor cura,
¡Que me voy á morir!

—¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo?

—Pues, si señor, ¡morir!

—Yo no pongo *morir*.—¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!

Señor rector, señor rector, en vano

Me queréis complacer,

Si no encarnan los signos de la mano

Todo el sér de mi sér.

Escribidle, por Dios, que el alma mia

Ya en mí no quiere estar;

Que la pena no me ahoga cada día...

Porque puedo llorar.

Que mis lábios, las rosas de su aliento,

No se saben abrir;

Que olvidan de la risa el movimiento

Á fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,

Cargados con mi afán,

Como no tienen quien se mire en ellos

Cerrados siempre están.

Que es, de cuantos tormentos he sufrido,

La ausencia el más atroz;

Que es un perpétuo sueño de mi oído

El eco de su voz...

Que siendo por su causa, el alma mia

¡Goza tanto en sufrir!...

Dios mio, ¡cuántas cosas le diría

Si supiera escribir!...»

Después de esto, parécenos ya hora de hablar de los *Pequeños poemas*, en número aparte y con el debido detenimiento.

IV.

Á veinte asciende el número de estas joyas preciosas, publicadas en la última edición madrileña. Al frente de la misma expone el autor los fundamentos de su doctrina literaria, en un extenso *Prólogo*; y si no á copiarlo, dadas sus dimensiones, vamos al menos á extractar algunos de sus puntos más esenciales.

El propósito de Campoamor al escribir estos *Poemas*, ha sido, según él mismo dice, «dar forma á unas composiciones que reunieran todos los géneros poéticos, desde el epigrama y el madrigal, hasta la oda y la epopeya.» Su procedimiento, «exclusivamente personal, consiste en hacer de toda poesía un drama, procurando basar éste sobre una idea que sea trascendental y que pueda universalizarse.» «Es necesario, añade, poner las ciencias al servicio del arte, agrandando su esfera con esa magnífica irrupción de ideas, de frases y de giros que en forma de literatura prosáica, de filosofía y de ciencias naturales, ván elevando cada vez más el nivel del espíritu humano.» Además, es preciso que «en toda obra artística haya una idea clave, sin la cual aquella se vendría abajo. Versificar ideas todas iguales en importancia, sin categorías, sin someterlas á un principio único de concepción, es hacer, pero no es componer; es formar un montón de piedras informes, sin ensambladura ni objeto arquitectural.»

Para Campoamor, «lo principal es el argumento y la acción.» Según él, «después de inventar la idea generadora, base del asunto, hay necesidad de dramatizarla, de sujetarla á un plan.» Dice, en fin, que «la poesía verdaderamente lírica, debe reflejar los sentimientos personales del autor, en relación con los problemas propios de su época.»

Una vez expuesta esta teoría, Campoamor habla en su *Prólogo* de lo que él llama «el paganismo en el arte» y censura á «la mogigatocracia literaria y á la gazmoñería moderna, que quieren tener á nuestra sociedad en bábía y reducir al hombre á un sér néutro ó á la condicion del eunuco; término incoloro, á que tienden á limitarnos todos los entendimientos vulgares.» Discúlpase de los ataques que se le dirigen por su excepticismo, y asegura que «creyendo en lo constitucional, lo demás para el artista es reglamentario, como se dice en política.» Luego trata de «la inutilidad de las reglas de la retórica para formarse un estilo», y asegura que ésta, «con sus preceptos antiguos y con su estructura fósil», es, aplicada al arte moderno, «una vieja remilgada y presumida que siempre le ha dado frio. Despues de muchos años de amamantarse un jóven á los pechos de esa mómia, sobreviene la tísis intelectual y el jóven muere.» Por último, llama «dialecto poético» al usado por algunos clásicos, aboga por la naturalidad en el lenguaje, sin afectacion ni hinchazones, (combatiendo tambien el extremo contrario) y afirma que «la poesía es la representacion rítmica de un pensamiento por medio de una imágen, expresado en un lenguaje que no se pueda decir en prosa ni con más naturalidad ni con ménos palabras.»

Si Campoamor ha conseguido ó no el propósito que le moviera á componer sus *Poemas*, revélalo el éxito por ellos alcanzado y la fama de que disfrutan. El ingenio peregrino del autor manifiéstase en los mismos en toda su pujanza y en toda su variedad: al lado de descripciones de primer órden, hállanse observaciones delicadísimas y detalles admirables de sentimiento: la pluma del poeta es un pincel maravilloso de inimitable colorido, que diseña en cuatro rasgos un cuadro de singular belleza; y al propio tiempo, es tambien atrevido escabelo que remueve las fibras más hondas del alma humana y penetra y descubre sus secretos más íntimos.

La série inapreciable de los *Pequeños poemas*, es acaso el

floron más brillante de la corona de poeta de Campoamor. Bien dicen algunos comentadores suyos, que una colección de composiciones de esa índole, escritas con la naturalidad, la elevación y la filosofía de estas, es un fenómeno literario, del cual no hay ejemplo en ninguna literatura del mundo, ni antigua ni moderna. Á la verdad, la apreciación sólo de las cualidades que resaltan en dichas obras, daría lugar á largas consideraciones: tal es la abundancia con que en ellas se prodigan las galas más bellas de dición, de rima y de pensamiento. ¿Quién como nuestro autor, por ejemplo, sabe expresar los más peligrosos y resbaladizos conceptos, con una habilidad tan exquisita que todos los escollos quedan salvados y todas las dificultades vencidas, hasta el punto de convertirse en las más primorosos pasajes aquellos que parecían llenos de sirtes, para perder sin remedio al ingenio osarlo que en su derredor se aventurára? Á este propósito, escribe cierto crítico,—y es exactísimo,—que Campoamor suele hablar de las mujeres más apasionadas, con el mismo, á veces con más pudor que lo hacen nuestros místicos al tratar de las vírgenes en algunas de sus descripciones extáticas. En *Las tres rosas* se encuentra un terceto que puede servir de prueba, en apoyo de esta opinión. Dice así:

«Al llegar el instante de la hora
en que se hunde aquel puente que separa
á Eva inocente de Eva pecadora...»

Creemos que no es posible llevar á más alto grado la perfección para velar discretamente la forma, y expresar la crítica situación que se insinúa, de la manera más diestra y poética.

El tren expreso, La novia y el nido, Los grandes problemas, Dulces cadenas, La lira rota y Por dónde viene la muerte, son sin duda los más valiosos de los *Pequeños poemas*.

El primero luce en todas sus partes un lirismo inagotable, y unas veces encanta por su sencillez y otras maravilla por su grandilocuencia. Es la historia de un amor tan rápido en sus accidentes como perdurable en sus efectos, entre dos seres in-

fortunados que se hallan juntos por una hora y luego se recuerdan y lloran durante toda su existencia.

Ella es

«una joven hermosa,
alta, rubia, delgada y muy graciosa,
digna de ser morena y sevillana.»

La casualidad la junta con el autor en el fondo de un coche del tren; y es de ver la manera como sus almas empiezan á comunicarse y la corriente de simpatía que entre ellas se establece. Cuéntanse ambos los hechos de su vida, revélanse mutuamente el estado de sus corazones, doloridos por anteriores desengaños y sienten nacer un nuevo amor en sus pechos sensibles y comienzan de nuevo á alentar sus desmayados espíritus. Mas ella necesita reposo; como dice en feliz frase,

«La tierra está cansada de dar flores,»

y la cita queda prometida para dentro de un año.

Sin embargo, ¡qué desdicha tan inmensa!; á vuelta de algunas páginas de oro, el poeta refiere el desenlace, y este no es otro que la muerte de la heroína. Unas estrofas escritas por la más inspirada de las musas, relatan este desgraciado fin:

«—Mi carta, que es feliz, pues vá á buscaros,
cuenta os dará de la memoria mía.
Aquel fantasma soy, que, por gustaros,
probó á estar viva á vuestro lado un día.

Cuando lleve esta carta á vuestro oído
el eco de mi amor y mis dolores,
el cuerpo en que mi espíritu ha vivido
ya durmiendo estará bajo unas flores.

Por no dar fin á la ventura mía,
la escribo larga... casi interminable!..
¡Mi agonía es la bárbara agonía
del que quiere evitar lo inevitable!

Hundiéndose al morir sobre mi frente
el palacio ideal de mi quimera,
de todo mi pasado solamente
esta pena que os doy borrar quisiera.

Me rebelo á morir, pero es preciso...
¡el triste vive y el dichoso muere!..

¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
cuando quiero vivir, Dios no lo quiere!

Os amo, sí! Dejadme que habladora
me repita esta voz tan repetida;
que las cosas mas íntimas ahora
se escapan de mis lábios con mi vida.

Hasta furiosa, á mí que ya no existo,
la idea de los celos me importuna;
¡juradme que esos ojos que me han visto
nunca el rostro verán de otra ninguna!

Y si aquella mujer de aquella historia
vuelve á formar de nuevo vuestro encanto,
aunque os ame, gemid en mi memoria;
¡yo os hubiera también amado tanto!..

Mas tal vez allá arriba nos veremos,
después de esta existencia pasajera,
cuando los dos, como en el tren, lleguemos
de nuestra vida á la estacion postrera.

¡Ya me siento morir!.. ¡El cielo os guarde!
Cuidad siempre que nazca ó muera el dia,
de mirar al lucero de la tarde,
esa estrella que siempre ha sido mia.

Pues yo desde ella os estaré mirando;
y como el bien con la virtud se labra,
para verme mejor, yo haré rezando
que Dios de par en par el cielo os abra.

¡Nunca olvidéis á esta infeliz amante
que os cita, cuando os deja, para el cielo!
¡Si es verdad que me amásteis un instante,
llorad, porque eso sirve de consuelo!..

¡Oh Padre de las almas pecadoras!
¡Conceded el perdon al alma mia!
¡Amé mucho, Señor, y muchas horas;
mas sufrí por mas tiempo todavía!

¡Adios, adios! como hablo delirando,
no sé decir lo que deciros quiero!
¡Yo sólo sé de mí que estoy llorando,
que sufro, que os amaba, y que me muerol»

En *La novia y el nido* se cuentan las dudas de una niña inocente que se halla perpleja ante el problema de averiguar para qué sirve el blando albergue de dos golondrinas, que en su propio cuarto cuelgan su vivienda. Pregúntase con sorpresa por el objeto de un nido, cuestion oscura que no acierta á re-

solver; y pensando, pensando, abísmase en un mar de confusiones, y apenas puede á la noche conciliar el sueño. Al día siguiente vuelve á su tema, mira con afán la amorosa pareja de los pájaros, y acabando al fin por descubrirlo,

«vé en las aves del nido dos esposos
y en su canto una música de besos.

De su lecho de pluma
salió Isabel cual Vénus de la espuma;
después, mirando al techo,
vibró su corazón dentro del pecho
al ver la golondrina que cubría
en forma de abanico á sus hijuelos,
y al padre que en el pico les traía
pan de la tierra y besos de los cielos.

Tan grande amor su corazón inflama;
y en sus ojos, con fuego inusitado,
arde una pura y trasparente llama
al ver en los hijuelos desatado
el nudo misterioso de aquel drama.
Espantada, el misterio comprendiendo,
casi vuelve á gemir y casi reza;
y unas veces rezando, otras gimiendo,
entrando de repente en la tristeza,
ya marchitas sus puras alegrías,
la niña acaba y la mujer empieza;
y más cuando la tímida nidada
de aquel nido, asomándose á la entrada,
parece que le dice:—¡buenos días!—
y más aún, cuando á los hijos viendo,
suspirando responde:—¡ya lo entiendo!—
y encendido su rostro, cual la frente
de una mujer culpable y candorosa,
sobre sus ojos pudorosamente
deja caer sus párpados de rosa.»

Los grandes problemas se reducen á las tres confesiones de una mujer, primero niña á los diez años, luego adulta á los veinte, y por último casada y en la edad madura al cumplir los treinta. Al principio, llena de candor infantil,

«Mirando al confesor con inocencia,
cual si fuesen sus ojos unas puntas

que hundiese del anciano en la conciencia,
 fué haciéndole la niña unas preguntas,
 como esta, por ejemplo,
 capaz de hacer estremecerse á un templo:
 —Vos ¿sabéis lo que es malo, señor cura?
 —Yo de todo, hija mia, estoy al cabo,—
 respondió el sacerdote con premura,
 lo cual no era verdad, mas lo creía
 porque el breviario con afán leía
 á la luz de un candel colgado á un clavo.

Y del amor ya viendo lontananzas,
 con sus ojos tan llenos de esperanzas,
 en su candor intrépido del todo
 sigue ella preguntando de este modo:
 —El dejarse besar ¿es malo ó bueno?—
 De confusion y de sorpresa lleno,
 se turbó el cura, como el hombre que ántes
 de haber cazado un pájaro, lo vende,
 y sin poder cumplir lo prometido,
 se queda, al fin, como el lector comprende,
 el cazador corrido,
 el comprador burlado,
 y el pájaro vendido y no cazado.
 Echó al cielo una olímpica mirada,
 buscando la respuesta en las estrellas;
 mas como nada le dijeron ellas,
 el cura del Pilar no dijo nada.

Con misterio despues ella se inclina
 hácia el cura que la oye fascinado,
 y prosigue:—Me ha dicho mi madrina,
 que el que bese á mi primo es un pecado;
 y mi primo ha jurado
 que él me habrá de besar, pese á quien pese,
 pues cree que á mí me gusta que me bese.»

Y así continúa en el mismo tono, hasta hacer exclamar al sacerdote:

«—¡Primera confesion; primer problema!»

Pero Teodora, que tal se llama ella, no pára aquí; prosigue refiriendo otra porcion de pecadillos veniales, y algunos ponen al buen párroco en tal aprieto, que al terminar, murmura entre dientes:

«—Son el diablo estos ángeles de niñas.»

La segunda confesion, es otro problema: el primo se halla léjos, y la enamorada doncella le tiene consagrado su corazon; la familia, sin embargo, (la madre especialmente,) pretende que se case con *un hombre muy de bien, pero sin gracia alguna*. Ella no quiere violentarse, y al mismo tiempo teme no ser obediente á los mandatos superiores; y en este apurado extremo, recurre otra vez al sacerdote, y le dice:

«—.....Vuestro favor imploro;
prestadme ayuda en tan difícil paso:
de uno me rio y por el otro lloro;
este me hiela y por aquel me abraso.
No amo al presente y al ausente adoro;
¿qué hago, señor, me caso ó no me caso?»

En el tercer canto aparece ya la esposa, y la esposa atribulada; dió su mano al hombre que le impusieron, el primo ha regresado de su larga expedicion, y ella se encuentra enferma. El confesor, al escuchar la narracion de sus desventuras, al oirle referir sus vacilaciones y congojas, cree sorprender en ella algun rasgo de demencia; pero entonces

«Agarrándole bien con la mirada,
—No soy loca, es que estoy enamorada—
siguió la esposa—y lo que quiero, quiero;
vuestra piedad, no vuestra fé reclamo:
si le amo vivo; si no le amo, muero;
respondedme, ¿qué haré? ¿le amo ó no le amo?
Aguzando el oido,
y azorado de miedo como un gamo
que oye en el bosque de repente un ruido,
el cura sorprendido
dice cayendo en postracion extrema;
—¡Tercera confesion, tercer problema!....»

Y efectivamente, la disyuntiva es grave: como ella ha dicho ántes,

«—No hay remedio; ó vencer ó ser vencida;
ó perder la virtud ó dar la vida.—»

Teodora muere, y el poema acaba; pero ahora al concluir,

como ántes al desarrollarse, ¡qué toques tan magistrales y qué poesía tan encantadora! Nosotros, enamorados de joya tan primorosa, hemos necesitado hacer no pocos esfuerzos para contener nuestros impulsos de entusiasmo y no trasladar aquí enteras, sin faltar un verso, todas las páginas de que el poema consta.

Por no hacer interminables nuestras citas, dejamos de presentar al lector algunos fragmentos de los otros poemas titulados *Dulces cadenas* y *La lira rota*, y hasta prescindimos, en ese caso, de referir el argumento, que tanto pierde siempre en colorido y en belleza, cuando se extracta en prosa desaliñada lo que tan galanamente se halla expresado en preciosos versos; pero no por eso hemos de escasearles en este lugar nuestros elogios incondicionales.

Por último, de todos los *Poemas* que hemos mencionado con preferencia, quedáanos que hablar del que se intitula *Por donde viene la muerte*; y en atención á su fecha más reciente,—pues en cuanto á méritos todos están á la misma altura,—nos detendremos un instante en apreciarlo. Compónese de un solo canto, y todo en él es notable. Un sábio médico, el doctor Prieto, tiene una hija jóven, bella, soñadora, á quien ama como el más cariñoso de los padres. Sus teorías científicas, no obstante, le inclinan á un materialismo inflexible, y creyendo

«que es el alma el ensueño de un delirio,
y el fruto de este sueño el pensamiento,»

sólo acepta que puedan producir el aniquilamiento de la vida los fenómenos externos, las fuerzas y los agentes físicos. Por eso cuida bien de resguardar á su hija de estas influencias perniciosas y la pone al abrigo de causas tan funestas de destrucción; mas ¡ah! que Eugénia, la hermosa jóven de ojos azules y de hechicero rostro, llega á la pubertad, hállase con el espíritu en el aislamiento y en el vacío, ¡ella, que necesitaba á su lado un sér amante, jóven y apasionado, que satisficiera las ánsias vehementes de su tierno corazón!, y entonces le asaltan descos va-

gos é informes, y llenan su cabeza fantasmas locos y visiones extrañas:

«Siente Eugenia impaciencias sin objeto;
 mas no quiere estudiar el doctor Prieto
 el gran misterio que su pecho encierra,
 pues, como hombre discreto,
 crée que toda mujer tiene un secreto
 que nada importa al cielo ni á la tierra;
 y no vé que, en su estado visionario,
 Eugénia, en la region del firmamento,
 dá citas en un parque imaginario
 á un novio que creó su pensamiento.
 ¿Quién detener podría la corriente
 de ideas hechiceras
 que brotan de la frente
 de una mujer que en su exaltada mente
 conduce diez legiones de quimeras?
 Hay séres en amar de tal constancia
 y de alma tan ardiente y abstraída,
 que sacan de sí propios la sustancia
 con que tejen la tela de su vida.
 Así Eugénia, soñando y más soñando,
 de hablar tanto con ellas
 fué creando, creando
 un lenguaje especial con las estrellas;
 y de mirar la jóven extasiada
 á la celeste esfera,
 como era de esperar, quedó estenuada...
 Mas la niña hechicera,
 por su padre adorada,
 ¿qué tiene enfermo? Nada:
 el pensamiento, esto es, ¡la vida entera!»

El doctor de nada se apercibe, cuidando, en cambio, de abrigar á su hija para que no le causen perjuicio los aires frios; y satisfecho ya de sí mismo y confiado en su ciencia, ningun miedo tiene de que pueda llegarle la muerte, porque él sabe por dónde ha de venir:

«Mas lo triste es que un dia
 nuestra Eugénia del sueño en que dormía
 inquieta despertó de tal manera,
 que su alma empezó á amar como debía
 y su cuerpo á sentir como lo que era,

Y Eugénia sin amante ¿á quién amaba?
 Al amor ¡qué sé yo! misterios de ellas.
 El caso es que, aquel tipo que adoraba,
 ¡oh fuerza de los sueños! habitaba
 muy cerca... más allá de las estrellas.
 Y es natural: un alma cuando es pura
 y vive en un estado visionario,
 como no tiene objeto su ternura
 lo aplica ¿á quién? á un sér imaginario.»

El padre advierte ya algunos síntomas de la enfermedad de su hija,

«Y como es una fruta la experiencia
 que está sin madurar ó está podrida,
 apelando el dolor á su conciencia,
 recuerda que en la edad de los placeres
 se murieron por él muchas mujeres
 que vivieron despues toda su vida;

 y al deducir, por la doctrina impura
 de sus principios, de malicia llenos,
 que muchos platonismos de ternura
 no acaban en Platon, ni mucho ménos,»

el doctor aleja de su lado á un primo de Eugénia, por si éste podría causar sus pesares; y tomando precauciones verdaderamente infantiles, cubre una estatua de Cupido, desnuda sobre una mesa, y dá libertad á dos jilgueros, por si ella observaba sus besos de amor. Inútil todo; Eugénia no mejora,

«Y cuando, al fin, con ánsia verdadera
 nota el doctor cuán presto
 lleva á Eugénia hácia un término funesto
 la casta consuncion de una quimera,
 ya, aunque muy tarde, á comprender alcanza
 que es la niña adorable
 una enferma incurable
 del santo malestar de la esperanza.»

Prieto vé al cabo extinguirse la vida de la jóven, y al abandonar ésta el mundo dejándolo sumido en llanto, el padre exclama tristemente:

«—Tén por Dios! tén por Dios, ídolo mio,

quieta la mente, el corazon en calma;
no matan sólo la humedad y el frio;
¡viene tambien la muerte por el alma!»

Quizá nos hemos extendido demasiado, prodigando la traslacion de tanto fragmento: sírvanos de atenuante que éstos serán ya los últimos que trascribamos en el presente trabajo, y además la belleza irresistible de esos hermosos versos, que atraen como el iman y seducen como la tentacion. Ah! Campoamor es un gran poeta, un vate egrégio, y sus obras inmortales causan purísimo deleite en todas las almas que las comprenden y las sienten.

Los otros *Pequeños poemas* que hemos dejado de examinar por no pecar de prolijos, son los siguientes: *Historia de muchas cartas*, *El quinto no matar*, *La calunnia*, *Don Juan*, *Las tres rosas*, *Dichas sin nombre*, *Las flores vuelan*, *El trompo y la muñeca*, *La gloria de los Austrias*, *Los amores en la luna*, *La música*, *Los caminos de la dicha* y *El amor y el rio Piedra*. (1)

Por lo demás, los *Pequeños poemas* responden á una necesidad de nuestros tiempos: si se reconoce que la vida exuberante de esta sociedad y de este siglo es demasiado vasta y compleja para abarcarla en una síntesis, para retratarla en un cuadro, para compendiarla en una sólo obra, estos poemas de cortas dimensiones sirven al objeto de presentar en cada uno de ellos el aspecto determinado de uno de nuestros problemas, de una de las fases de nuestro modo de ser contemporáneo; y así, lo que no cabe en un marco único, lo que se resiste á ser encerrado en una sólo concepcion, podrá retratarse parcialmente en várias ó en numerosas producciones, de tal modo que el conjunto brillante de todas las que brotáran de las lirás más inspiradas, sea como el reflejo exacto y como la copia fiel de los espectáculos

(1) Despues de escrito lo anterior, se han publicado otros nuevos, entre ellos *Los buenos y los sábios*, que ha juzgado la crítica como una de las creaciones más acabadas del génio del poeta, si no la mejor; pero no podemos detenernos en su análisis, sin incurrir en la falta apuntada.

en que intervenimos y de la época en que nos encontramos.....

¡Sublime destino y victoria soberana la del génio! Él nos alborozaba con sus creaciones; él hace, al cantar sus propias impresiones é ideas, el proceso de las de su generacion; él, en fin, es aclamado por las sucesivas como orgullo de su pátria y como timbre imperecedero de gloria, y consigue legarles en las concepciones maravillosas de su fantasía y de su inteligencia, un monumento en que hallan retratados los sentimientos de las edades á que estas pertenecen y en que encuentran palpitantes las dudas, las creencias y todo el cúmulo de pensamientos y de acciones que á las mismas agitáran con impulso poderoso!

V.

Campoamor es también escritor en prosa de elevados vuelos; acaso en su forma, sobre todo tratando de ciertos asuntos, tiene alguna semejanza con Valera, cuyo ingenio corre parejas con el de nuestro autor, en el tono zumbón y maleante de sus disquisiciones y en la intención penetrante y fina de sus conceptos; pero esto, que depende de la índole genial de sus caracteres, presta á sus obras un encanto singular, y las torna en buenas y amigables compañeras del que lee, lejos de repelerle con acentos altisonantes y enfáticos. Sin embargo, Campoamor se manifiesta en otras producciones seria y profundamente preocupado con los temas que embargan su ánimo, y entonces aparece en toda su plenitud el pensador reflexivo.

Sus más importantes libros de este género, son: la *Historia crítica de las Cortes reformadoras*; la *Filosofía de las leyes*; los *Pensamientos*; su discurso de recepción en la Academia Española, en el cual desenvuelve la tesis de que *La metafísica limpia, fija y dá esplendor al lenguaje*; y en fin, *El Personalismo* y *Lo Absoluto*, obras filosóficas que en opinión de Revilla,

son *dos Doloras de bastante mérito*. También tiene publicado el autor un tomo que titula *Las Polémicas*, y que no es más que una série de trabajos de propaganda política, cuyo juicio crítico no es de este lugar. (1)

Como poeta dramático, Campoamor escribió hace algun tiempo para el teatro várias comedias: *El Palacio de la Verdad*, *Guerra á la guerra*, *Dios iræ*, *Cuerdos y locos* y *El honor*. Como hombre público se halla afiliado al partido conservador, y ha sido muchas veces Diputado á Córtes, en las que ha pronunciado notables discursos.

Nosotros sólo vemos en él al autor famoso de las *Doloras* y los *Pequeños poemas*; al ingénio peregrino que, segun ha dicho un escritor distinguido, puede enorgullecerse con justicia de ser el más poeta de nuestros filósofos y el más filósofo de nuestros poetas.

(1) Á última hora se anuncia la publicacion de *La Poética*, llamada á producir gran resonancia.

PECQUER.

I.

Hay seres privilegiados, almas superiores, espíritus de alto temple y de elevados vuelos, que poseyendo ricos dones de inestimable valía en su preclara inteligencia y en su corazón generoso, viven, sin embargo, condenados á luchar en el mundo con todas las contrariedades del infortunio y á padecer sin descanso con todas las amarguras de los pesares mas acerbos y con las miserias de las situaciones mas críticas.

Parece que la desgracia y la fatalidad, juntas en nefando consorcio, se enamoran de ellos y los persiguen y acosan sin tregua, hasta agotar sus fuerzas y rendir su cuerpo, para celebrar entonces sus tristes nupcias con la madre tierra y depositar en sus labios ateridos el beso de la muerte.

Cuando uno de estos seres viene á la vida y comienza á recorrer su penoso calvario, ¡qué contiendas titánicas libra y qué empresas más arriesgadas acomete, siempre levantándose á im-

pulsos de su ingénito brío, y siempre también cayendo y precipitándose, vencido por la desdicha y rendido por el cansancio y la fatiga!

Véasele sobreponerse en momentos dados á los reveses de la suerte y erguir la cabeza arrogante, donde fulgura la chispa del génio, como queriendo desafiar las tempestades de dolores que sobre ella descarga una mano desapiadada, y como atreviéndose á combatir frente á frente con los rigores de una adversidad indomable, hasta ver de domeñarla con valentía y salir triunfante de la reñida lid entre ambos entablada: luego, empero, el cúmulo de los trabajos le agobia, la fuerza de las circunstancias se le impone, multiplícase el número de los escollos en que tropieza, conjúrase todo en su daño, y al fin sucumbe y se aniquila, arrollado por la corriente irresistible de sus tormentos.

Mas ¡ah! no es tan poderosa la fuerza del destino contrario, no es tan avasalladora la enemiga del hado cruel, que impida en absoluto á los que son sus víctimas dejar sembrado con los frutos de su inteligencia el camino que recorren y lanzar de su mente luminosa claros destellos é irradiaciones vivísimas. Cuantos génios sufren en la humanidad los padecimientos más intensos y las torturas más angustiosas, parece como que devuelven al mundo que los aflige, convertidos en flores, los abrojos con que les punza; parece como que se vengan de las injusticias de los hombres, legándoles al morir un tesoro de bellezas inmarcesibles, que les ganen luego todo el favor de otras generaciones y les conquisten para siempre la admiración de las edades sucesivas.

Sin embargo, las riquezas que en sus obras dejan estos mártires inmortales, no son entonces tan eximias y abundantes como serlo pudieran, si hubiesen hallado expedita su senda, y si sus contemporáneos, apreciando justamente la alteza de sus disposiciones y anticipando el juicio landatorio de la posteridad les alentáran con sus aplausos y les otorgáran su protección para animarles á seguir sin desmayos por la vía que su talento

les trazára, y á perfeccionar sus dotes envidiables con el estudio asídúo, el trabajo constante y la práctica y el desahogo necesarios.

II.

Tal fué Gustavo Adolfo Becquer: en vida, un génio desvalido y oscuro; despues de muerto, una gloria de la literatura pátria y honra verdadera de las musas españolas.

¿Á qué hemos de detenernos en bosquejar la triste historia de su aciaga fortuna? Hála referido ya maestramente el prologuista de sus obras y amigo íntimo suyo Rodriguez Correa (en cuyos datos nos inspiramos), y es innecesario repetir ahora lo que allí se expone en acabada forma. Baste saber que apuró hasta las heces el cáliz más amargo y fué un verdadero desheredado de la suerte, jamás propicia á sus afanes, siempre en rebelion abierta con sus propósitos.

Mas por desgracia, estas desventuras de su existencia ejercieron fatal influjo en sus creaciones de poeta; y Becquer, que era sobre todo artista, y artista inspiradísimo; Becquer, dotado de una imaginacion brillante y de unas aptitudes literarias de primer orden, aguijado siempre por la necesidad, no poseyendo nunca una hora de calma y descanso para entregarse serenamente á la produccion tranquila de obras bien meditadas, se llevó consigo al sepulcro, á donde muy jóven descendiera, la mayor parte del fecundo venero de sus fantasías, la mejor y más preciada suma de sus concepciones.

Para atestiguarlo, será suficiente consignar que dejó comenzadas várias poesías de extensas proporciones, las cuales formarían otros tantos libros, tales como *La oracion de los Reyes*, *Los mártires del Génio*, *Las Tumbas* y *Un mundo*; los tres últimos tratarían, respectivamente, de los padecimientos de los

hombres ilustres, para cuya comprension bastaría á Becquer echar una mirada sobre sí mismo; de las meditaciones en que se abismára sobre los sepulcros célebres, y en fin, del descubrimiento del continente americano. Otro poema tenia tambien en proyecto, *Las estaciones*, que hubiera constado de cuatro cantos; y el cual, al decir del autor, era lo primero que pensaba escribir á conciencia.

Pero no era esto sólo. El teatro le atraía; deseaba penetrar asimismo en el campo de la novela; y preparaba además gran número de fantasias y leyendas. Los dramas *Los hermanos del dolor* y *El ridículo*; las comedias *El cuarto poder* y *El duelo*, y los poemas dramáticos *Marta* y *¡Humo!* hubieran dado muestras de su ingenio como cultivador de la literatura escénica: Becquer tenía todas estas obras bien meditadas, sin que les faltara el detalle más insignificante.—*Vivir ó no vivir*, *El último valiente* y *El último cantador* (costumbres andaluzas), *La conquista de Sevilla*, *Herrera* y *Crepúsculos*, son los títulos de otras tantas narraciones novelescas, que, de igual modo, habia ya ideado.—Y en fin, en sus apuntes se hallaron muchos epígrafes de otros trabajos, tales como las tradiciones y caprichos siguientes: *El cristo de la Vega*, *La casa de Padilla*, *El hombre de palo*, *La lepra de la infancia*, *La fé salva*; *Los ángeles músicos*, *La fundadora de conventos*, *La locura del génio*, *La salve*;—y *La vida de los muertos*, *Luz y nieve*, *La Diana india*, *La Bayadera*, *El rapto de Ganimedes* y *La amante del sol*.

Conociendo los singulares talentos de Becquer, su poderosa imaginacion, su fecunda inventiva y su gallardía y rara elegancia en el decir, bien puede calcularse á qué altura se hubiera elevado con la publicacion de todas estas obras y de muchas más que despues siguiera produciendo, si la muerte implacable no segara en flor todas sus esperanzas y cortára el hilo de su vida, cuando, muy jóven aún, podía ya comenzar á prometerse un porvenir más sosegado que su presente zozobroso.

Solo, pues, dejó escrita el malogrado poeta, una parte pequeña de las creaciones de su mente; aquella trazada con precipitacion y sin detenimiento, como mero ensayo y simple recreo, ó como trabajo circunstancial para atender á necesidades perentorias; mas de cualquier modo destinada á sufrir nuevo pulimento, una vez formado el propósito de darla á la estampa en apropiada coleccion. Becquer no pudo realizar tal deseo; y aun así, únicamente á la publicacion de estas sus obras concluidas, (en edicion por la caridad impresa y despues de cerrada la tumba del autor,) adquirió fama impercedera, y ellas sólas bastaron para colocar su nombre á la altura de los más ilustres. Desde aquel instante goza de celebridad merecidísima; las espinas de sufrimientos que en vida taladraron sus sienes, se han convertido en coronas de flores que ornan su sepultura; y la frente del génio olvidado, vése ahora ceñida y circundada por la hermosa aureola de la gloria.

Examinemos el legado de sus inspiraciones, y tributémosle nuestros aplausos entusiastas.

III.

La primera parte de las obras de Becquer publicadas, contiene la coleccion de sus *leyendas escritas*, y otros trabajos literarios en prosa. Todos ellos rebasan y salvan airosamente los vulgares límites de lo adocenado y lo comun, advirtiéndose desde el primer momento al hojearlos, ese *algo* superior que separa los frutos de las inteligencias mediocres de aquellos que produce el ingénio innovador y poderoso. La novedad de las imágenes, la acertada eleccion de los giros y las frases, todo el conjunto artístico de la forma, y tambien la idea predominante del fondo, que siempre se halla á través de las galas de diction y del exterior fantástico de las narraciones, subyugan gratamente el ánimo y le sorprenden con su belleza peregrina. Aten

to Becquer, sobre todo, á conmover los sentimientos del lector, para hacer dimanar de esta honda sensacion el manantial más puro de las enseñanzas morales, en vez de querer hallarlo entre disquisiciones frias, cuida mucho de dar interés creciente á sus relatos con la pintura de animados cuadros y la extraña originalidad de los hechos; pero al propio tiempo, no se olvida del fondo, y en todas, ó en la inmensa mayoría de sus *imaginaciones*, palpita un pensamiento de importancia.

Si nosotros hubiéramos de detenernos en hacer un estudio de estas maestras producciones suyas, probaríamos con la cita de numerosos textos, cuantas cualidades sobresalientes vamos señalando en ellas; y así quedaría demostrado cómo Becquer, al reunir en las mismas tan distintos elementos de superior valía, revelaba poseer un conocimiento profundo de las épocas pasadas que retrata, y una pluma de oro para describirlas con brillantez ó para trazar diestra y galanamente los ensueños y los delirios artísticos de su riquísima fantasía.

Sin embargo, no es ese por hoy nuestro objeto: limitáse sólo á apreciarlo como poeta, y debemos en consecuencia reducirnos á juzgar algunos modelos de sus bellísimas *Rimas*.

Leyendo éstas, observamos que Becquer, al reflejar en ellas sus sentimientos, ha conseguido hacerlo de modo que resulten al mismo tiempo compendiados los de la generalidad; y así, el que piensa sorprender en sus rasgos tan sólo lo que atañe al autor particularmente, hállase impresionado con el relato de sus propios secretos, que nadie creía poseyera. A mayor abundamiento, en las *Rimas* no aparecen nunca pasiones exageradas, ni toman proporciones excesivas las cosas sencillas: todo es allí espontáneo; todo lógico, natural y humano.

Estas poesías son en su mayor parte de cortas dimensiones: huyen de la amplificación, condensan en pocas palabras la idea principal, y de esta manera hieren derechamente el punto que se proponían y producen más efecto en el ánimo. Tal fué sin duda la intencion de Becquer; pero esto no le bastaba, y querien-

do además reconcentrar hasta el último límite la atención del lector en el pensamiento que desenvuelve, sin distraerla con el ropaje deslumbrador de recargadas figuras retóricas y con los encantos de la versificación más cuidada, prescinde con mucha frecuencia de la fascinación del consonante, y sólo conserva el ritmo del metro y la asonancia, para dar á sus obras condiciones poéticas. Por eso es Becquer tan peligroso para ser imitado y ofrece tantas dificultades su escuela: como la idea domina sobre todo el resto de la composición, como lo esencial en ella es el espíritu que la anima, todo el que pretenda seguir sus pasos y se despoje de ciertas galanuras de forma, caerá irremisiblemente en el abismo de la vulgaridad prosáica, si no cuenta con el fondo profundo y con el génio trascendental de Becquer.

En cada una de las *Rimas* hay asunto suficiente para una poesía de extensas proporciones: no se puede pedir más *sustancia* en ménos espacio. Ciertamente, Becquer no se acerca á ninguno de los problemas sociales más pavorosos, ahora ante nosotros planteados; aléjase del campo de las luchas políticas y de las contiendas filosóficas, y hace caso omiso de estas pasiones candentes y de estas controversias empeñadas. Pero por lo mismo, es quizá más notable su triunfo: sin excitar el interés del público con tales cuestiones, ni aproximarse siquiera al teatro del combate, consigue rápida fama y se vé elevado por el entusiasmo general á la altura más envidiable. ¿Qué causa reconoce este fenómeno? Ah! es que Becquer cultiva la poesía de todos los tiempos, la *poesía verdad*, aquella que tiene sus raíces en el corazón y reconoce por origen los afanes y los anhelos del alma humana: todos los hombres la comprenden, todos la sienten dentro de su mismo sér, y el poeta que dá forma en su lenguaje inspirado á estos afectos íntimos y pinta con los brillantes colores de su paleta estas ánsias inacabables y estos sentimientos hondos, tiene asegurada la celebridad para siempre, y puede ya contar, una vez conocido, con la admiración primero de sus contemporáneos, y de la posteridad después.

IV

El conjunto admirable de las *Rimas*, forma un verdadero poema, de alegrías y esperanzas al principio, de dolores y desengaños luego: es la propia historia del poeta, es su misma vida, que allí se vé dibujada íntegra. Sigámosle paso á paso.

Empieza su juventud, y le asaltan deseos confusos é informes; duda de su destino, vacila, y en esta incertidumbre de su espíritu, exclama así:

«Saeta que voladora
 Cruza arrojada al azar,
 Sin adivinarse dónde
 Temblando se clavará;
 Hoja que del árbol seca
 Arrebata el vendaval,
 Sin que nadie acierte el surco
 Donde á caer volverá;
 Gigante ola que el viento
 Riza y empuja en el mar,
 Y rueda y pasa, y no sabe
 Qué playa buscando vá;
 Luz que en cercos temblorosos
 Brilla, próxima á espirar,
 Ignorándose cuál de ellos
 El último brillará;
 Eso soy yo, que al acaso
 Cruzo el mundo, sin pensar
 De dónde vengo, ni á dónde
 Mis pasos me llevarán.»

Enseguida canta á la inspiracion del génio, con nuevos conceptos y en no usada forma; inmediatamente, prueba con bellos ejemplos cómo es inagotable el manantial de la poesía, mientras haya primavera, misterios, esperanzas y mujeres hermosas; por fin, se siente poeta, y dice:

«Espíritu sin nombre,

Indefinible esencia,
Yo vivo con la vida
Sin formas de la idea.
Yo nado en el vacío,
Del sol tiemblo en la hoguera,
Palpito entre las sombras
Y floto con las nieblas.

Yo sigo en ráudo vértigo
Los mundos que voltean,
Y mi pupila abarca
La creación entera.

Yo soy el invisible
Anillo que sujeta
El mundo de la forma
Al mundo de la idea.
Yo en fin soy ese espíritu
Desconocida esencia,
Perfume misterioso
De que es vaso el poeta!»

Á poco, y todavía en esta indeterminación de su estado, en esta penumbra de su sér, que aunque experimente en su alma ciertas sensaciones y oiga una voz enérgica que le impele hácia el arte y se lo señala como ideal, aún no se ha propuesto resueltamente seguir esa senda y aguarda un *algo* misterioso que le empuje, le vigorice y le preste aliento, la vista de un instrumento músico le inspira una de sus más preciosas *Rimas*:

«Del salón en el ángulo oscuro,
De su dueño tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo
Véase el arpa.
¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarla!
¡Ay! pensé; ¡cuántas veces el génio
Así duerme en el fondo del alma,
Y una voz, como Lázaro, espera
Que le diga: «¡Levántate y anda!»

El poeta rompe sus ligaduras y se lanza en imaginarios es-

pacios: llevado de su ímpetu poderoso, quiere atravesar regiones desconocidas, y excitado, delirante, juzga posible *arrancarse del mísero suelo; flotar con la niebla, deshecho en átomos leves; subir en un vuelo á donde brillan las estrellas; y anegado en su luz y en lumbre encendido, fundirse con ellas en un beso*. Al cantar estos anhelos insaciables ¡cuánta riqueza de imaginación se revela en sus cantos! ¡qué gran tesoro de fantasía! Pero aún vacila; todavía ignora sus sentimientos, y sólo escucha en su interior una voz misteriosa que le infunde esperanza:

«En el mar de la duda en que bogó,
Ni aún sé lo que creo;
¡Sin embargo, estas ansias me dicen
Que yo llevo algo
Divino aquí dentro!.....»

Mas ¡qué ilusiones de gloria, ni qué deseos de celebridad! Nada le satisface, nada llena el vacío en que se encuentra. Entonces se vuelve espontáneamente al amor, y en él descubre una faz nueva de su vida. ¿Cómo se le aparece este? De un modo original y muy expresivo: cruza ante su vista, y todo se ilumina cuando brilla.

«Los invisibles átomos del aire
En derredor palpitan y se inflaman;
El cielo se deshace en rayos de oro;
La tierra se estremece alborozada;
Oigo flotando en olas de armonía
Rumor de besos y batir de alas;
Mis párpados se cierran..... ¿Qué sucede?
—¡Es el amor que pasa!»

No puede pintarse de manera más concisa, más bella ni más nueva la aparición de un amor que surge de repente. Todo en esta poesía es superior: la idea, el desenvolvimiento, la forma.

¿Y qué amor es éste que de tal modo se anuncia y tales efectos produce? El autor nos lo dice en la *Rima* siguiente: es el ideal que nunca se toca, es una visión que jamás se alcanza. En su originalísimo estilo de descripción, nos presenta para referir-

lo un cuadro acabado. El ánsia eterna que el hombre siente por aquello que no le es dado lograr, el afan perpétuo de lo imposible, está retratado con toda perfeccion en cuatro rasgos:

—«Yo soy ardiente, yo soy morena,
Yo soy el símbolo de la pasion;
De ánsia de goces mi alma está llena:
¿A mí me buscas?—No es á ti; nó.
—Mi frente es pálida, mis trenzas de oro:
Puedo brindarte dichas sin fin;
Yo de ternura guardo un tesoro:
¿A mí me llamas?—No; no es á ti.
—Yo soy un sueño, un imposible,
Vano fantasma de niebla y luz;
Soy incorpórea, soy intangible,
No puedo amarte.—¡Oh, vén; vén tú!»

Al cabo el amor se encarna, toma cuerpo, y se consagra á una mujer: entonces, ¡qué ternezas tan dulces, qué acentos de pasion brotan de la lira del poeta! Nada es allí gastado y comun; desaparecen los giros, las frases y los conceptos de siempre; todo es desusado y extraordinario, exclusiva propiedad de un génio innovador.

Canta primero la hermosura de los ojos de su amada, y lo hace con un primor que seduce, con una belleza de expresion que deleita y subyuga: son verdes, verdes como el mar, como los laureles, como la esperanza; y al verlos lucir bajo la pura frente de ella, que corona *crespo el oro en anchas trenzas*, se embriaga de felicidad y dice

«Que entre las rubias pestañas
Junto á las sienas semejan
Broches de esmeralda y oro
Que un blanco armiño sujetan.»

Más tarde confiesa que donde quiera que fija la vista, vé llamar sus pupilas; que al dormir, las siente que se ciernen sobre él, y que no sabe dónde lo arrastran. Otras muchas composiciones consagra á su amor, y en todas ellas aparece tierno, apasionado y delicadísimo, envidiando unas veces el reposo de las flores que descansan sobre el seno de la hermosa, extrañando otras

que puedan vivir, sin quemarse, sobre el volcán de su pecho; hasta que en un arranque de entusiasmo, lleno de dicha, y estremecido de júbilo, escribe lo siguiente:

«Hoy la tierra y los cielos me sonrien;
Hoy llega al fondo de mi alma el sol;
Hoy la he visto... la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!»

Esta adoración loca y frenética no se manifiesta solo en tan vehementes exclamaciones y arrebatos; como ántes dijimos, no son raros tampoco los toques de dulce sentimiento, si bien mezclado siempre con la pasión más ciega: de ello pueden ser eloquente testimonio los cuatro versos que á continuación copiamos:

«¿Qué es poesía? dices mientras clavas
En mi pupila tu pupila azul;
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía... eres tú.»

Ó estos otros, en que el delirio llega á su colmo:

«Por una mirada, un mundo;
Por una sonrisa, un cielo;
Por un beso..... ¡yo no sé
Qué te diera por un beso!»

En las *Rimas* que á estas siguen, Becquer pinta unas veces la unión de dos almas, y otras ofrece á *ella* cuanto posee, cuanto desea y todo aquello por cuanto espera; lo mismo la luz, el aire y el pensamiento, que la fama, el oro, el genio y la gloria, ó la fé, el espíritu, la tierra y el cielo. Ya la contempla dormida y vela su sueño, ya le pregunta por sus suspiros y su aliento. Ora, en fin, le habla de los besos de sus miradas, ora recuerda haberlas estampado, reales y encendidos, en sus trémulos lábios...

Al llegar aquí, la escena cambia; asoma ya el desengaño, lanza recriminaciones, exhala quejas doloridas, y habla de culpas, de agravios y de lágrimas. La vida entra en una nueva faz: salió del periodo de las ilusiones y de la edad de los goces; ahora

atraviesa la grave crisis del desencanto y la ruina de todas las esperanzas.

En verdad, no es posible decidir cuándo el poeta se levanta á mayor altura: si antes encontró frases felices para cantar su dicha, al presente hace vibrar su lira con verdadero sentimiento para expresar la amargura y la desgracia. Pero aún entonces, no se aparta nunca de lo exacto, ni se desvia una línea del camino recto; no ostenta el carácter inflexible de una rigidez inverosímil; al contrario, palpita allí la frágil naturaleza humana, con sus dudas, sus desfallecimientos y sus caídas.

Cuando esta trasformacion comienza, el espíritu del poeta cae desde las regiones más altas de la ventura á los abismos más hondos del abatimiento y la tristeza: en algunas ocasiones, parece arrepentirse de su conducta; las más se mantiene firme y altivo, aunque con el pecho desgarrado. Para él era su amada un modelo de perfecciones, un dechado de virtudes y de encantos: ahora se convence de que su corazón es *un nido de sierpes*, de que es *estúpida, caprichosa y vana*. Pero ¡ah! todavía le atrae, todavía le fascina, y se arroba pensando en *su hermosura*. —Y así prosigue, entre desmayos y reacciones, entre dudas, congostas y protestas...

Trasladaremos aquí algunos de estos acentos dolientes, que dan idea de la intensidad de la pena que les produce y de la desilusion que los inspira:

«Tú eras el huracan, y yo la alta
Torre que desafia su poder;
¡Tenías que estrellarte ó abatirme!....

¡No pudo ser!

Tú eras el Océano, y yo la enhiesta
Roca que firme aguarda su vaiven:
¡Tenías que romperte ó que arrancarme!...

¡No pudo ser!

Hermosa tú, yo altivo; acostumbrados
Uno á arrollar, el otro á no ceder;
La senda estrecha, inevitable el choque....

¡No pudo ser!»

Luego parece que se dibuja la sombra de una traicion; el poeta entonces se expresa en estos términos:

«Cuando me lo contaron sentí el frío
De una hoja de acero en las entrañas;
Me apoyé contra el muro, y un instante
La conciencia perdí de donde estaba.
Cayó sobre mi espíritu la noche;
En ira y en piedad se anegó el alma...
¡Y entonces comprendí por qué se llora,
Y entonces comprendí por qué se mata!»

Para demostrar el cambio verificado en el espíritu del amante, que ayer creía á su adorada un ángel de bondad y despues la vé perversa como un réprobo, bastará la *Rima* que sigue:

«Yo me he me asomado á las profundas simas
De la tierra y el cielo,
Y les he visto al fin ó con los ojos,
Ó con el pensamiento.
Mas ¡ay! de un corazon llegué al abismo
Y me incliné por verlo,
Y mi alma y mis ojos se turbaron:
¡Tan hondo era y tan negro!»

No son éstas solas las *Rimas* dedicadas á lamentar el desengaño de una pasion leal y avasalladora: asciende á mucho mayor número. En ellas emplaza á la infiel para despues de la muerte, y llama máscara á su rostro y sainete trágico á la historia de ambos. Por fin, la desesperacion sobreviene y el poeta la describe con frases desgarradoras, que parten del alma y revelan un crítico estado de la mente:

«Olas jigantes que os rompeis bramando
En las playas desiertas y remotas,
Envuelto entre la sábana de espumas,
Llevadme con vosotras!
Ráfagas de huracan, que arrebatáis
Del alto bosque las marchitas hojas,
Arrastrado en el ciego torbellino,
Llevadme con vosotras!
Nubes de tempestad, que rompe el rayo

Y en fuego ornais las desprendidas orlas,
 Arrebatado entre la niebla oscura,
 Llevadme con vosotras!
 Llevadme, por piedad, á donde el vértigo
 Con la razon me arranque la memoria...
 ¡Por piedad!... ¡Tengo miedo de quedarme
 Con mi dolor á solas!»

¡Qué magnífico final! ¡qué gradacion tan admirable! A medida que el pesar se aumenta, el poeta cree tambien y se transfigura: antes deleitaba; ahora arrebatada.

Muy popular y conocida se ha hecho la *Rima* que sigue á la trascrita; pero su belleza nos impide omitirla en este lugar. Es un recuerdo sentido y una negacion enérgica; pero es al mismo tiempo una página de inmenso amor, y sobre toda una joya poética. Héla aquí:

«Volverán las oscuras golondrinas
 En tu balcon sus nidos á colgar,
 Y, otra vez, con el ala á sus cristales
 Jugando llamarán;
 Pero aquellas que el vuelo refrenaban
 Tu hermosura y mi dicha á contemplar,
 Aquellas que aprendieron nuestros nombres...
 Esas... ¡no volverán!
 Volverán las tupidas madre selvas
 De tu jardin las tapias á escalar,
 Y otra vez á la tarde, aún más hermosas
 Sus flores se abrirán;
 Pero aquellas, cuajadas de rocío,
 Cuyas gotas mirábamos temblar
 Y caer, como lágrimas del dia...
 Esas... ¡no volverán!
 Volverán del amor en tus oidos
 Las palabras ardientes á sonar;
 Tu corazon de su profundo sueño
 Tal vez despertará;
 Pero mudo y absorto y de rodillas,
 Como se adora á Dios ante su altar,
 Como yo te he querido... desengánate,
 Así no te querrán!»

Prescindimos de acumular elogios para estos hermosos conceptos y este precioso desarrollo de la idea: suficientemente

viene prodigándoseles ya la opinion y la crítica, para que nosotros insistamos en llamar la atención sobre ellos.

Llegamos á la Rima LVI: el cansancio de la vida se sebrepone á todo: hastíale mirar sin trégua el mismo horizonte, el mismo cielo, *hoy como ayer, mañana como hoy y siempre igual...* Vá andando, andando...; ya no hay goces... y es más, ya no hay ni siquiera dolores. Todo ha terminado, todo se agotó: la indiferencia, la postracion, hé ahí lo único que resta.

Becquer nos lo dice en otra de sus composiciones: de tal modo ha padecido, de tal manera le han atormentado las penas, que al cabo ya no tiene *ni lágrimas*; al fin se extinguió el manantial de sus aficciones. Yá fé que lo deplora. Veamos porqué:

«Como guarda el avaro su tesoro
Guardaba mi dolor;
Yo quería probar que hay algo eterno
Á la que eterno me juró su amor.

Mas hoy le llamo en vano, y oigo al tiempo
Que le agotó, decir:
¡Ah, barro miserable, eternamente
No podrás ni áun sufrir!»

Esta *Rima* es una nueva prueba del perfecto conjunto que todas ellas forman: la escala vá recorriéndose por partes; al principio siéntense deseos inconexos y vagos; luego toman cuerpo y realidad, apareciendo todo á través de un velo rosado; despues, clávase en el pecho el aguijon del pesar, se duda, se vacila, se desfallece; más tarde, es ya todo amargura, todo se vé sombrío y oscuro; pero por fin, hasta esto se concluye, y ya ni aún se sufre, ya ni aún se padece. A fuerza de sentir tanto, el corazon ha quedado insensible. Es un cadáver que se mueve; es un muerto en pié.

No obstante, todavía queda algo que recorrer en esta escala; hay que dar el último paso. Becquer no se detiene, avanza siempre y al cabo llegamos á las postrimerías de su vida y de su historia. Tristísimo, abatido, piensa en la série de reveses

que han contrariado su existencia, y prorrumpe en esta queja sentida:

«Mi vida es un erial;
Flor que toco se deshoja;
Que en mi camino fatal,
Alguien vá sembrando el mal
Para que yo lo recoja.»

Bien pronto, cesan hasta estas mismas quejas; apodérase del corazón del poeta un desaliento profundo, y todo se impregna para él de un negro tinte de melancolía. Reflexiona entonces sobre *lo solos que se quedan los muertos*, y acaba por detenerse ante la estatua de un sepulcro y envidiar su reposo, que nana turba, altera, ni interrumpe. La composición en que dá rienda suelta á estos sentimientos, es una de las mejores de Becquer, por su misteriosa vaguedad y por su forma correcta.— Para terminar este estudio la presentaremos íntegra al lector. Es á saber:

«En la imponente nave
Del templo bizantino,
Ví la gótica tumba, á la indecisa
Luz que temblaba en los pintados vídrios.

Las manos sobre el pecho,
Y en las manos un libro,
Una mujer hermosa reposaba
Sobre la urna, del cincel prodigio.

Del cuerpo abandonado
Al dulce peso hundido
Cual si de blanda pluma y raso fuera,
Se plegaba su lecho de granito.

De la postrer sonrisa,
El resplandor divino
Guardaba el rostro, como el cielo guarda
Del sol que muere el rayo fugitivo.

Del cabezal de piedra
Sentados en el filo,
Dos ángeles, el dedo sobre el lábio,
Imponían silencio en el recinto.

No parecía muerta;
De los arcos macizos
Parecía dormir en la penumbra,
Y que en sueños veía el paraíso.

Me acerqué de la nave
Al ángulo sombrío,
Como quien llega con callada planta
Junto á la cuna donde duerme un niño.

La contemplé un momento,
Y aquel resplandor tibio,
Aquel lecho de piedra que ofrecía
Próximo al muro otro lugar vacío,

En el alma avivaron
La sed de lo infinito,
El ánsia de esa vida de la muerte,
Para la que un instante son los siglos...

.

Cansado del combate
En que luchando vivo,
Alguna vez recuerdo con envidia
Aquel rincón oscuro y escondido.

De aquella muda y pálida
Mujer, me acuerdo y digo:
¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!»

Así concluye la colección de las *Rimas* de Becquer, y ciertamente que no pudiera hallarse final más propio. Quien tantas angustias ha devorado, acaba siempre por volver sus ojos hácia la muerte. ¿Cómo no? Allí termina la mentira y el falso oropel de esta vida miserable; allí se encuentra la única paz que todos los desgraciados desean con ánsia. Realmente, es heroico sobreponerse á los infortunios, y ante su cúmulo abrumador, dar muestras de energía viril y de entereza indomable, hasta conquistar de nuevo el bien perdido ó sucumbir en la demanda, sin darse un momento de tregua ni reposo; pero ¡qué remedio! nuestra naturaleza es limitada, y cuantos sufren cruelmen-

te anhelan con afán la eterna quietud de la tumba, que los libre de sus intensos dolores y les haga descansar para siempre en brazos del no ser.

V.

Las *Rimas* de Becquer,—necesario es decirlo,—no carecen de imperfecciones ni se encuentran exentas de lunares; algún que otro descuido las afea á las veces, y adviértese en determinados parajes un desaliño sensible; pero, no obstante, estas faltas se hallan compensadas de sobra con las bellezas innumerables en otros lugares acumuladas: el lector ha saboreado ya las principales y puede juzgar de ellas con fundamento.—Además, Becquer sacrificaba sin piedad los lujosos atavios de la forma, á la expresion exacta de la idea; y este es precisamente uno de sus mayores méritos, porque le diferencia de toda clase de modelos y le hace ser original y nuevo. No se crea, sin embargo, que ese obstáculo le impida hacer uso de cierto colorido y estilo galano; poséelo sin duda muy superior, y en tal sentido son tambien sus composiciones joyas de gran valía.

Tanto es así, tan subido es el precio de estas inspiradas y peregrinas poesías, que Becquer alcanza ya fama envidiable, no reducida ciertamente á los límites de nuestra pátria... ¡Goce en paz de su póstuma gloria, y escuche desde su sepulcro el aplauso á sus obras tributado! Si es verdad que fué en vida un mártir de su propio génio; si la desgracia le persiguió implacable, esgrimiendo en su daño mortíferas armas, al lanzar el último suspiro fué recogido por amigos cariñosos y fieles, y estos, dando cima á sus proyectos y reuniendo en un libro inestimable el tesoro de sus inspiraciones y de sus fantasías, hicieron

admirar al mundo su ingénio soberano y lograron recompensar en parte los sufrimientos del poeta con las fervientes aclamaciones de la posteridad. Desde entonces, Becquer ocupa lugar señaladísimo en la historia de nuestra poesía contemporánea; desde entonces se inscribió su nombre, con letras de oro, en las regiones de la inmortalidad.

ÍNDICE.

PÁGINAS.

Introduccion.	7
Nuñez de Arce.	13
Campoamor.	39
Becquer.	65

TABLE

CONTENTS

CHAPTER I. THE FOUNDATION OF THE STATE
CHAPTER II. THE DEVELOPMENT OF THE STATE
CHAPTER III. THE DECLINE OF THE STATE
CHAPTER IV. THE REFORMATION OF THE STATE
CHAPTER V. THE REVOLUTION OF THE STATE
CHAPTER VI. THE RESTORATION OF THE STATE
CHAPTER VII. THE MODERN STATE
CHAPTER VIII. THE FUTURE OF THE STATE

LA LIBRERIA MOURINA EN ESPAÑA

P. LANGLE

PARIS

DEL MISMO AUTOR

EN ESPAÑA

EN LA LIBRERIA DE...

LA LÍRICA MODERNA EN ESPAÑA

POR

P. LANGLE.

PRECIO: 6 REALES.

DEL MISMO AUTOR.

POESÍAS PREMIADAS.	4 reales.
MÁS VERSOS.	4 »
ESCRITORES ALMERIENSES (Bocetos biográficos). . .	12 »
EL ARTE (Canto): segunda edicion.	2 »

EN PRENSA.

CUENTOS DE TODOS